CENIT

sociología — ciencia — literatura

Sumario

Fritz Brupbacher: Introducción a la confesión de Bakunín. — **Hem Day:** El humanismo de Eliseo Reclus. — Irene Curie.—**Felipe Aláiz:** Concepción Arenal, humanista entre serafines. — **Isaac Puente:** Páginas maestras. El pensar y el sentir.—**Federica Montseny:** Cuentos de la noche. La Madre. —**J. Ruiz:** Algo sobre Mitología.—**Conrado Lizcano:** Caras y calles. La hora del mercado.— **J. Capdevila:** Realistas e idealistas.—**José Zorrilla:** A la estatua de Cervantes.—**Han Ryner:** La Grecia Libertaria (Historia y crítica). Folletón encuadernable.

ABRIL 1956 64

Revista Mensual

PRECIO: 80 FRS.

NUESTRA PORTADA

FRITZ BRUPBACHER

La figura de Fritz Brupbacher, que intelectualmente conocen nuestros lectores a través de «Marx y Bakunín», la obra que de él hemos publicado en «CENIT», llena cincuenta años de acción y de propaganda.

Colocado en un plano de independencia, moviéndose en un ambiente literario y científico muy amplio y variado, Brupbacher es uno de los más ilustres y de los más interesantes ejemplos de hombre independiente.

Si durante algún tiempo estuvo más o menos ligado, primero al socialismo demócrata, después al comunismo, su espíritu cáustico, su aguda visión crítica, su amor sincero y profundo por los trabajadores y los oprimidos, sus simpatías libertarias, fueron alejándole cada vez más de todos estos ambientes. Amigo personal de Max Nettlau, de Paul Reclus, del Dr. Marc Pierrot, de Domela Niewenhuis, de Cornelissen, de Rocker, de Most, de Emma Goldman, colaborador durante años de «La Revista Blanca»; hombre de cultura enciclopédica y de actividad infatigable, después de diez años de su muerte, hoy su nombre y su obra se ven actualizados y atraen el interés apasionado de todos los estudiosos y de todos los inquietos.

«CENIT», al reproducir, traducida del francés, su admirable «Introducción à la Confesión de Bakunín», se honra rindiendo homenaje al hombre ilustre, al pensador agudo y profundo, al combatiente incansable por la causa de la libertad; al leal amigo de la clase trabajadora, cuyo dolor y cuyos problemas emplearon las mejores energías de su vida.

CENIT

REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Secretaria de Redacción: Federica MONTSENY.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Eusebio C. Carbó, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Fugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «**CNT**», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año VI — Toulouse, Abril 1956 — N° 64

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
Monte Esquinza, 30-3.° dcha. - MADRID-4

INTRODUCCION A LA "CONFESION" DE BAKUNIN

La «Introducción a la Confesión de Bakunin», fué escrita por Brupbacher para la edición francesa de esta obra extraña y capital, encontrada por los bolcheviques en los archivos imperialistes y cuya traducción, hecha por Paulette Brupbacher, apareció en 1922 en las Ediciones Rieder. Señalemos asimismo que esta «Introducción», en la que Brupbacher sitúa la verdad histórica en torno a la famosa «Confesión» de Bakunin, explotada por los comunistas contra el gran pensador anarquista ruso, sirvió de pretexto al Partido comunista suizo, para excluir definitivamente del mismo a Fritz Brupbacher en 1932.

I

MIGUEL Bakunin es un desconocido para una gran mayoría de nuestros contemporáneos. Si un cierto número le conoce todavía de nombre, esto les basta para odiarle y calumniarle; algunos, sin embargo, le aman con fervor. Bakunin fué en el pasado un muy gran nombre. Se buscaría en vano el de Carlos Marx en la edición aparecida en 1866 del gran diccionario enciclopédico de Brockhaus; no obstante, esta misma obra, en 1864, consagra a Bakunin, contemporáneo de Marx, casi toda una página, terminada en estos términos: «Bakunin tiene una personalidad cautivante, de brillantes facultades intelectuales unidas a una rara energía, así como a una pasión fanática.»

Esto no es un azar. Bakunin fué uno de los hombres que tomaron parte en la revolución burguesa de 1848-49; pero los burgueses, desde entonces, han olvidado que fueron, en su buen tiempo, revolucionarios; han olvidado a sus héroes y han olvidado a Bakunin.

Si, pero Carlos Marx también tomó parte en la Revolución del 48, y no por ello deja de ser uno de los hombres más célebres de nuestros días. Más de uno dirá: «Si Marx no hubiese sido otra cosa que un revolucionario burgués, estaría ciertamente olvidado. Pero lo que sobrevive de Marx, no es el hombre del 48; es el teórico de la revolución proletaria».

A lo que nosotros responderemos que Bakunin también ha sido, después de 1860 y 1870, uno de los espíritus dominantes de la Asociación Internacional de los Trabajadores y cuando Marx le excluyó de ella, esta exclusión significó la muerte de la Internacional. Marx se vió obligado a matar a la primera Internacional, para impedir que ella cayese en manos de los bakuninistas. Tal era, en realidad, la situación en 1872.

A la hora actual, sólo España y América del Sur cuentan con un gran número de discípulos de Bakunin, cuando en los otros países los marxistas son tan numerosos como los granos de arena en el mar.

Cuando Bakunin fué excluído de la Primera Internacional, las Federaciones nacionales de Bélgica, de Holanda, de España y de Inglaterra le siguieron, así como minorías considerables en otros países. Bakunin era entonces una potencia en el movimiento obrero revolucionario.

Hoy, en muchos países, entre los proletarios, el mismo Bakunin y, con él, el anarquismo, han caído casi en el olvido.

El recuerdo de Bakunin ha desaparecido en la misma medida en que desaparecieron en el proletariado ciertas tendencias psicológicas. Digámoslo en seguida: a medida que se ha desarrollado la gran industria, ha desaparecido en el proletariado la aspiración a la libertad, a la personalidad; las tendencias libertarias y anarquistas del bakuninismo se han ido borrando y, al mismo tiempo, el recuerdo de Bakunin.

No solamente el deseo de la libertad ha desaparecido, sino que se ha hecho objeto de un verdadero odio a todos aquellos que continuaban queriendo la libertad del individuo; consecuentemente, este odio se ha vuelto contra Bakunin y contra sus doctrinas. Y es este mismo odio el que ha engendrado las calumnias propaladas contra su persona.

La gran industria ha matado la voluntad de ser libre y la esclavitud ha engendrado en el proletariado la voluntad de

potencia, no solamente la voluntad de ejercer el poder político a expensas de la burguesía, sino la voluntad de potencia en tanto que clase, la sed de imponer su fuerza a todo lo que tiene figura humana. Todo individuo dominado por la voluntad de potencia, más particularmente el proletario políticamente activo, llega a considerar como su enemigo mortal a todo aquel que conserva la voluntad de ser libre, y esto mayormente cuando una disciplina extremadamente rigurosa se ha hecho necesaria en la lucha sostenida por el proletariado contra sus enemigos.

A la fase anti-autoritaria del socialismo, ha sucedido un socialismo autoritario, que, bajo esta forma ha vencido, en Rusia al feudalismo y a la sociedad burguesa.

Quien aspire a la libertad, se convierte en contra-revolucionario y merece el odio y la calumnia. Siendo Bakunin el anti-autoritario por excelencia, por excelencia merece la calumnia y el odio.

Así, calumniado por el proletariado contemporáneo, olvidado por una burguesía que ha cesado de ser revolucionaria, Bakunin debe contentarse con ser amado por aquellos que, aunque a distancia y después de los periplos efectuados a través de la psicología de las diversas clases, presienten la venida de un tiempo donde el lujo de la libertad volverá a ser considerado como uno de los más grandes bienes de la humanidad.

Henos por qué Bakunin es hoy casi desconocido, por qué es odiado y calumniado y por qué, sin embargo, algunos amigos le aman con fervor. Se trata ahora de presentarle a aquellos que le ignoran o que sólo conocen de él la figura engañosa inventada por la calumnia.

II

No se pierde gran cosa no sabiendo nada sobre la vida de Carlos Marx; se pierde casi todo cuando se ignora la de Bakunin.

Cabe decir ante todo que esta vida es una novela; una novela que, gracias en primer lugar a Max Nettlau, en seguida a Kornilov y en tercer lugar a Polonsky (1), ha sido objeto de búsquedas infatigables. La existencia de Bakunin ha inspirado a más de un escritor; Tourgueneff y Dostoyewsky le han utilizado en sus novelas, mientras que Ricarda Huch, gran novelista alemana, ha escrito un «Bakunin»; en fin, Lucien Descaves y Maurice Donnay lo han llevado al teatro.

Para aquel que no se encuentra aprisionado dentro de la coraza doctrinaria; para aquel que no ha decidido, una vez por todas, pertenecer a una ortodoxia militante, o bien no está cegado por la situación particular de su clase, la personalidad de Bakunin es extremadamente seductora.

Es decir, para un pequeño número.

Su mayor encanto, es el de ser una figura pre-capitalista, una especie de salvaje con mucha, mucha cultura. Feudal en rebeldía contra el despotismo feudal, burgués y proletario, es el hombre menos americano que se pueda imaginar; es el menos fordiano y por lo tanto el menos staliniano de los hombres, y si nosotros, europeos de hoy, podemos entusiasmarnos por Bakunin, este entusiasmo está más hecho de nostalgia que de nuestra capacidad de vivir el bakuninismo. Y cuanto más europeos y racionalizados seamos, más nos sentiremos atraídos por este pagano salvaje, por esta fuerza natural indomada. Imagino muy bien que aquellos que más le odian son los mismos que no están seguros de sí; que tienen aún miedo del diablo en ellos mismos y en sus camaradas. Así Bakunin volverá a ser actual el día en que el hombre comenzará a encontrar insoportables el despotismo burgués y el despotismo proletario.

III

Bakunin, en la confesión a que estas páginas deben servir de «Introducción», evoca muchos acontecimientos de su vida.

El padre de Bakunin, rico noble ruso, propietario de quinientos siervos y de diez hijos, administraba por sí mismo sus tierras, a las que había unido una fábrica de algodones que, por lo demás, no reportaba gran cosa.

Nacido en 1814, Bakunin tenía por consecuencia once años cuando la nobleza rusa produjo contra el zar su última «Fronda»; la revuelta de los dekabristas. Su madre era pariente de los Mouravieff, uno de los cuales fué colgado, tres otros condenados a trabajos forzados a perpetuidad; otros dos, por fin, a los trabajos forzados y a la deportación temporal en las colonias penitenciarias. Otro miembro de la familia, menos glorioso, fué ese Mouravieff que se hizo célebre como verdugo de Polonia.

Cuando Miguel llegó a la edad de catorce años. su padre le envió a la Escuela de Artillería de Petersburgo, a fin de que un día pudiese ganarse la vida como oficial, punto sobre el que el padre de Bakunin insistió en una carta en términos expresos, diciendo que no eran suficientemente ricos.

A los dieciocho años, Miguel Bakunin fué oficial de artillería sin entusiasmo. Más aún, se sentía aislado y desplazado; aspiraba a abandonar la vida militar; soñaba con dedicarse a estudios científicos. Oficial en realidad muy poco militar, intelectualizado en exceso, vióse relegado a una pequeña guarnición por el delito de haberse paseado vestido de civil en una hora en que el uniforme era de rigor.

En lugar de todo lo que se relacionaba con el servicio, lo que él quería saber era la finalidad de su existencia y qué función le sería asignada a él, Bakunin, en la gran maquinaria del universo. Así, habiendo conseguido obtener un permiso, no se volvió a reintegrar al ejército, sino que tomó la resolución de ser profesor de filosofía, con gran espanto de su padre. Para el joven Bakunin, por lo demás, un profesor de filosofía era algo muy poco profesoral; era un hombre que busca la piedra filosofal y la encuentra.

Esta piedra filosofal, él la buscó durante cinco años, con un gran número de camaradas, discutiendo día y noche de Kant, de Fichte, de Hegel, desprendiéndose cada día más de la sociedad oficial y de sus ideales, como puede verse a través de una carta escrita a su hermana: «¿En qué me concierne la existencia de esta sociedad? Ella puede desaparecer; yo no moveré ni el dedo meñique para salvarla».

Todas las cartas de esta época, vibran de una invencible aspiración a la libertad, unida a la intensa necesidad de una íntima comunión con otros hombres animados por las mismas ideas.

Desde el punto de vista filosófico, al final de este período, Bakunin es hegeliano. Espera del porvenir «dialéctico» del espíritu, su propia redención y la del mundo.

---

(1) A estos nombres hay que añadir hoy el de Kaminsky.—N. de la R.)

En cuanto a la manera como esta liberación debe realizarse efectivamente, cree poder conocerla en el mismo país del maestro. Así en 1840, a la edad de veintiséis años, se trasladó a Alemania con la ayuda financiera de sus amigos Herzen y Granowski.

IV

En Rusia, sólo algunos jóvenes aislados empezaban entonces a buscar un nuevo ideal en contradicción con lo que el zar, la nobleza y el koupti (grandes comerciantes) reconocían como legítimo en el pensamiento y en la acción.

En la Alemania de 1840, Bakunin debía encontrar una numerosa clase burguesa en oposición al feudalismo, los príncipes y la nobleza: más de un filósofo, por consiguiente, era revolucionario, y la escuela hegeliana en particular había dado nacimiento a un ala izquierda.

Bakunin fué arrastrado por el movimiento democrático alemán y se alió amistosamente con Herwegh y otros demócratas. El gobierno ruso empezó a ocuparse de él; abandonó Alemania con Herwegh y se trasladó a Zurich. En esta ciudad, conoció al sastre comunista Weitling, que le produjo una gran impresión. Cuando la detención de Weitling, entre los papeles de éste se encontró el nombre de Bakunin, lo que le forzó a dejar Suiza, trasladándose a Bruselas y después a París, donde vivió de 1844 a 1848.

El gobierno suizo, o más exactamente el gobierno de Zurich, habiéndolo denunciado al zar como revolucionario, Bakunin fué condenado en rebeldía en Rusia en 1848, a la pérdida de todos sus bienes y a la deportación en Siberia.

A su llegada a París, Bakunin ya era revolucionario en política. Para la realización de su ideal filosófico, contaba sobre la fuerza destructiva de la clase política y económicamente oprimida. La miseria engendrada por las clases dominantes, según él, y como por lo demás pensaba toda la izquierda hegeliana, debía crear en los oprimidos un tal estado de opinión que no les quedaría otra salida que explotar y aniquilar así a la sociedad entera.

He aquí por qué Bakunin estaba, de todo corazón, del lado de los oprimidos. Les amaba porque ellos representaban, a sus ojos, una fuerza de destrucción. Les amaba en la medida que ellos mismos odiaban a las clases dominantes.

En París, Bakunin conoció a Considérant, Lamennais, Flocon, Luis Blanc, George Sand y muchas otras personalidades, pero el hombre que más frecuentó y al que más quiso, fué Proudhon. Marx formaba parte igualmente de las relaciones parisinas de Bakunin.

A despecho de todas estas relaciones, se sentía aislado en París. Por otra parte, su situación económica era de las más miserables, como fué por lo demás durante todo el resto de su vida. Leía mucho, sobre todo historia; estudiaba matemáticas, obras de estadística y economía; vivió pronto muy solo. Revolucionario, no tenía compañeros de ideas entre sus propios compatriotas, por lo demás raros, que vivían en el extranjero. Los emigrados de todos los países, en este aspecto, eran más afortunados que Bakunin. Si no tenían ejércitos detrás suyo, tenían por lo menos algunos batallones. Bakunin era entonces el solo ruso revolucionario, el primer ruso que enarbolaba la bandera roja.

La enarboló públicamente el 29 de noviembre de 1847, en un discurso pronunciado ante los polacos, que le invitaron a la fiesta conmemorativa de la insurrección de 1831. Este discurso impreso en alemán con el título «Russland wie es wirklich ist» («Rusia tal como es en realidad») produjo una impresión fulminante en los medios oficiales rusos de París; el embajador de Rusia pidió la expulsión inmediata de Bakunin del territorio francés. La embajada, por otra parte, hizo circular el rumor de que Bakunin era un agente provocador del gobierno ruso, perseguido y condenado por robo en su país. Los hombres creen con facilidad en las bajezas humanas; estos rumores encontraron más eco que la obra misma de Bakunin; no cesaron de perseguirle a lo largo de su existencia. Esta calumnia, acogida con complacencia por todos sus adversarios, ha hecho su camino hasta la época más reciente.

De París, Bakunin regresó a Bruselas. Ningún acercamiento tuvo lugar entre Marx y Bakunin. El programa de Marx era el «Manifiesto comunista» y la sola clase en que él creía, el proletariado. El programa de Bakunin era su discurso a los polacos. El luchaba por la liberación de todos los oprimidos, pero ante todo por la libertad de los pueblos eslavos.

Engels, por lo demás, en una carta del 6 septiembre 1846, había escrito a su amigo Carlos Marx que Bakunin era un elemento suspecto; se le creía un espía. Una carta de Bakunin a Herwegh nos muestra, por otra parte, que su amor por Marx no era muy profundo.

En 1848, al conocer el estallido de la revolución de febrero, Bakunin corrió a París.

V

El 23 de febrero de 1848, la revolución estalló en París, y, desde el día 24, Francia vivía en República. «Este movimiento, desencadenado por los liberales, aprovechó a la República, de la que tenían miedo, y, en el último momento, el sufragio universal fué establecido por los republicanos, con ventaja para el socialismo, que les inspiraba pavor».

El ferrocarril sólo condujo a Bakunin hasta la frontera francesa: desde allí, en tres días y a pie, se fué a París, donde llegó el 26 de febrero y donde naturalmente tomó partido por la extrema izquierda, por lo tanto por los socialistas, los cuales debían ser ametrallados en junio por los liberales y los republicanos reunidos, que les temían como al fuego.

Cuando Bakunin llegó a París, las barricadas estaban aún en pie. No había burgueses por las calles: el miedo les había paralizado. Por todas partes obreros armados. La revolución embriagó a todo el mundo. Bakunin comprendido naturalmente. A las dos de la madrugada, con el fusil al lado, se dormía sobre su jergón en el cuartel de los Montañeses; a las cuatro estaba en pie, corriendo de reunión en reunión, de club en club. Era «una fiesta sin fin». Hablaba de todo, con todos. Su amigo Herzen escribe que entonces Bakunin propagaba el comunismo, la igualdad de los salarios, el nivelamiento igualitario, la liberación de todos los eslavos, la destrucción de todos los Estados, la revolución permanente, la guerra hasta el aniquilamiento de todos los enemigos. El «presidente de las barricadas», Caussidière, que intentaba hacer surgir «el orden del desorden», parece dijo de Bakunin: «El primer día de la revolución, es literalmente un tesoro; al segundo día, habría que fusilarle». En su calidad de burgués, para el que la revolución social interesaba muy poco, Caussidière tenía razón de hablar así. Otros afirmaban que Bakunin dirigió la famosa demostración obrera del 17 marzo 1848, dirigida contra la casta

El humanismo en ELISEO RECLUS

«Trabajo esculpiendo la efigie del héroe soñado y que es lo mejor de mi.»

— I —

TODO Eliseo Reclus está comprendido en estas pocas palabras que afirman el humanismo de su vida, de su pensamiento, de sus escritos. Esta admirable declaración es completada con estas líneas que nos lo revelan como una voluntad armoniosa, cuya conciencia no cesó de guiarle hacia la búsqueda de verdades que le ayudarán a comprender la dignidad humana.

«Todo lo que aprendemos y comprendemos; todo lo que realizamos en nuestra idea de justicia y en nuestro deseo de amor; todo lo que extiende nuestra fuerza de acción por la bondad; todo esto constituye nuestro ideal.»

Así, la obra entera de Elíseo Reclus es un monumento de pensamientos elevado a la gloria del humanismo contemporáneo. Diez y nueve gruesos volúmenes de más de un millar de páginas cada uno; eso es su «Geografía Universal», precedida de otros dos, de igual importancia: «La Tierra, los Continentes y los Océanos», que serán seguidos de otros seis grandes volúmenes, que compondrán «El Hombre y la Tierra»: tal es la inmensa documentación anotada y reunida por un hombre, un sabio, que «considera el trabajo más precioso que la salud y la vida» y que además añadirá «la salud y la vida, ¿acaso no son, en cierto modo, función del trabajo?»

Su obra. este edificio impresionante, de una labor sin igual, él la legó a los hombres:

Es al amor de los viajes, de los azares de la vida, como Eliseo Reclus recogió el conjunto de datos que debían permitirle elaborar su obra durante numerosos años de rudo trabajo. Es lo que ha desfilado ante sus ojos lo que él describirá con grandeza y belleza y todo lo que habrá oído, Elíseo Reclus nos lo contará con el deslumbramiento del poeta enamorado de la Naturaleza.

Ciertamente, Elíseo Reclus no recorrió todas las comarcas, todas las regiones, todos los países que describió con precisión y maestría, analizando los fenómenos naturales y sociales, con la gran honestidad que le caracterizaba. El mismo se lamentaba de ello en el Prefacio de su Geofrafía: «Mi gran ambición sería poder describir todos los rincones de la tierra y hacerlos aparecer ante los ojos del lector como me hubiera sido dado recorrerlos yo mismo, contemplándolos bajo sus diversos aspectos; pero en relación al hombre aislado, la Tierra no tiene límites; es por intermedio de otros viajeros que he hecho surgir la infinita sucesión de paisajes terrestres.»

No se encontrará la menor pedantería en toda la obra de Reclus; el contrario: todo es dicho simplemente, pero con gracia y sobre todo con esa necesidad constante de dar lo que sabe a todos los que están ávidos de conocerlo.

De hecho, nunca fué, nunca quiso ser un profesor que enseña, un maestro que escribe. Fué un amigo que hablaba con sus amigos jóvenes o viejos, para darles la alegría de aprender y para estimularles a querer saber siempre más. Alberto Mary decía de él:

«Si su cultura enciclopédica ha contribuído evidentemente a desarrollar el vigor de su propia concepción, sin ninguna duda es porque la nitidez de su visión, la probidad de su pensamiento, la generosidad de sus sentimientos han marcado su obra con un sello particular, situándola fuera y por encima de su época.»

Cuando empezó su gran libro «La Tierra» — que comprendió dos volúmenes, el uno consagrado a los Continentes, el otro a los Océanos y que son como una introducción a su gran epopeya « La Geografía Universal» — Elíseo Reclus expresó en su Prefacio el sentimiento inspirador de su obra. Fechada el 1 de noviembre de 1867, creo indispensable recordarlo textualmente:

«El libro que hoy aparece, lo he comenzado pronto hará quince años, no en el silencio de un despacho, sino en la libre Naturaleza. Era en Irlanda, en la cima de un cerro, del que descienden las corrientes rápidas del Shanon, su curso tembloroso bajo la presión de las aguas y el largo desfile de los árboles, entre los cuales el río se pierde y desaparece bruscamente. Tendido sobre la hierba, al lado de un resto de muralla que fué antaño una fortaleza y que hoy las humildes plantas han derribado, piedra a piedra, gozaba dulcemente de esta visión de las cosas que se manifestaban con el juego de la luz y de las sombras, por el estremecimiento de las hojas de los árboles y el murmullo del agua, rompiéndose contra las rocas. Es ahí, en ese paisaje gracioso, donde nació en mí la idea de explicar los fenómenos de la tierra, y empecé a trazar con lápiz el plan de mi obra. Los rayos oblicuos de un sol de otoño doraban las primeras páginas y hacían temblar sobre ellas la sombra azulada de un arbusto agitado.

Desde entonces no he cesado de trabajar en esta obra, en los diversos lugares a que el amor de los viajes o los azares de la vida me llevaron. He tenido la dicha de ver con mis propios ojos y de estudiar de cerca todas las grandes escenas de destrucción y de renovación; avalanchas y movimientos de los glaciares, surgimiento de los manantiales y pendientes de las riberas; cataratas, inundaciones y desastres, erupciones de los bancos de arena,

---

privilegada de los antiguos Guardias Nacionales. El mismo ha contado que al principio todo el mundo vivía enfebrecido y que si alguien hubiese dicho que Dios había sido expulsado del cielo y que la República se había proclamado en él, todo el m u n d o lo hubiera creído... Bakunin pronto se dió cuenta de q u e la revolución estaba en peligro y, el primer deslumbramiento pasado, juzgó que su presencia era necesaria en la frontera rusa, a fin de sublevar a los eslavos contra el zar. Encontrándose, como siempre, en la mayor penuria, solicitó del gobierno provisional un préstamo de dos mil francos. Su intención era trasladarse a Posnania, donde establecería su centro de acción. El gobierno provisional le acordó la suma solicitada, y le entregó dos pasaportes, uno a su verdadero nombre, otro con nombre supuesto.

FRITZ BRUPBACHER

Trad.: F.M.

((Continuará.)

y de las islas, trombas, huracanes y tempestades. No es solamente a los libros, sino a la misma tierra a quien me he dirigido para conocerla; después de largas búsquedas entre el polvo de las bibliotecas, volvía siempre al gran manantial y renovaba mi espíritu en el estudio directo de los fenómenos. Las curvas de los riachuelos, los granos de arena de las dunas, las arrugas de las playas, no me han enseñado menos que los meandros de los grandes ríos, las potentes bases de las montañas y la superficie inmensa del Océano.»

¡Qué aburridas charlatanerías recogidas por esos geógrafos que antes que él intentaban enseñar la geografía! Recordad esa tristeza de vuestra infancia, cuando se esforzaban en enseñaros las longitudes y las latitudes, esas enumeraciones de ciudades y de pueblos, esa descripción monótona de las divisiones políticas y administrativas.

No era más que un largo y fastidioso catálogo de una sequedad de espíritu desesperante, presentando esta nomenclatura árida. Ya que la geografía, como la historia, fué durante mucho tiempo esa amalgama de datos y de hechos de una imprecisión desoladora. Algunos incluso, llegaban hasta a encontrale un finalismo «que descubría en todas partes el dedo de la Providencia». Era indispensable liberar a esas «ciencias» de los discursos de retóricos pretenciosos que mezclaban con ellas las fábulas teológicas, hacerlas más positivas, más reales y útiles. Corresponde a Elíseo Reclus el honor de haber sido el artesano de esta transformación que debía aportar a la geografía esta superioridad y hacer de ella una ciencia humana. Nadie hoy discutirá que Elíseo Rclus es el padre de la geografía humana. Vista desde arriba, en sus relaciones con el Hombre, la Geografía no es otra cosa que «la historia en el espacio, como la Historia es la Geografía en el tiempo».

Mi amigo el profesor Luis Barbedette decía judiciosamente sobre este tema: «¿Los estudios geográficos y etnográficos han influído sobre sus ideas filosóficas? Sin duda alguna. Reducida a una seca nomenclatura de ríos, de montañas, de ciudades, la geografía pide poca reflexión: igualmente la descripción de las costumbres, en los diversos pueblos, no tiene en sí nada de especificamente revolucionario. Pero otra cosa es si se estudian las relaciones del hombre y de la tierra, o las causas que han hecha variar creencias y morales con la longitud y el meridiano. Toda ciencia se convierte en peligrosa cuando sobrepasa las conclusiones clásicas a fin de profundizar el por qué y el cómo».

Elíseo Reclus estudió las interrelaciones de la naturaleza y de la humanidad. Y lo hizo soñando con una mejor organización de las condiciones de vida, con una mejor utilización de los recursos de su suelo. En Reclus, el progreso científico consistía ante todo en que «los seres humanos fuesen llamados a aprovecharlo para su bienestar material y su mejora moral». Quizá cometió el error de decirlo al final del pasado siglo, pues cierta gente le hizo la vida dura y organizó la conspiración del silencio alrededor de sus escritos. ¡Qué importa! No se ahoga el pensamiento libre; un día u otro resurge más bello, más noble, más digno, y aplasta con su desprecio a los enanos del obscurantismo.

Guillermo de Greef, rector de la Universidad Nueva de Bruselas, haciendo el elogio de Elíseo Reclus, en la sesión de entrada del 3 noviembre 1905, se expresaba sobre su obra en los siguientes términos:

«La publicación de la Geografía es un gran acontecimiento histórico. Reclus realiza el pensamiento de Kant y de Herder, completa y coordina los trabajos inmortales de Humboldt y de Ritter, haciendo de la ciencia geográfica el pedestal sólido de toda la ciencia social y, aún más exactamente, mezclando tan estrechamente a la naturaleza y al hombre, que los fenómenos sociales nos aparecen como el resultado de la combinación indisoluble de estos dos elementos». Y prosigue Guillermo de Greef:

«Es así como, naturalmente, la Geografía de Reclus abarca a la vez la configuración del planeta, la geología, la mineralogía, el clima, la flora, la fauna, la población humana considerada en todas sus condiciones políticas y sociales. Esta geografía no es exclusivamente matemática, ni física, ni política, ni antropológica, ni aún histórica: ella es social, en el sentido más amplio, integral. Combina a la vez las concepciones de Ptolomeo, de Strabon, de Vico, de Kant, de Ritter, de Peschel, de Kohl, de Ratzel».

Diecinueve volúmenes se fueron sucediendo, desde 1875, año en que se publicó «La Europa Meridional», primer volumen de la Geografía Universal, hasta 1892, en que, en su último volumen, Elíseo Reclus dirige unas palabras a los lectores, terminando: «La Humanidad se hace... se convierte en una realidad viva».

Por lo demás Elíseo Reclus había escrito en el Prefacio de su Geografía: «Precisan libros nuevos, para un nuevo período».

Y era bien cierto. Al día siguiente de esa epopeya comunalista que terminó ahogada en la sangre del pueblo de París, empezaba ese período nuevo, que debía ver producirse «esa toma de posesión detallada del planeta por el hombre y de éste por el planeta. La adaptación entre ellos, primero vaga y general, se transformaba en más y más profunda y especial; los lazos entre las diversas partes del mundo humanizado se hacían más y más numerosos; la fusión se realizaba por la multiplicación infinita de las diferencias, tanto más atenuadas cuanto más numerosas, hasta el punto de que desde ahora podemos concebir el máximum de originalidad y de libertad individuales conocidas, exactamente en relación con el máximum de socialización».

Pues todo se encadena y todo se enlaza con la historia de los descubrimientos geográficos a quien sabe comprender la correlación íntima que ellos pueden tener con el desarrollo de la humanidad. Y es ahí donde reside el genio de Elíseo Reclus, al haber entrevisto la constitución de una organización mundial que se hará inevitable por el hecho de las relaciones económicas, científicas, morales, en eterna circulación o en gestación continua, formas nuevas de esa comunión de la tierra y del hombre.

Y Elíseo describe los descubrimientos geográficos de los siglos pasados, revive las civilizaciones de los grandes ríos, evoca las iniciativas de esa «circunnavegación» y proclama con un optimismo indestructible las aspiraciones sociales del mundo de mañana, una sociedad humana, universal. «Cada país facilitará su parte de riqueza al gran acervo de la humanidad, y, sobre la Tierra, lo que se llama la civilización tendrá su centro en todas partes; su circunferencia en ningún sitio».

Guillermo de Greef rindió un homenaje de reconocimiento a su ilustre amigo, recordando que esta estrecha unión de la tierra con el hombre que él había encontrado en la Georgrafía Universal, donde toda sociedad, según Reclus, era una mezcla combinada de la materia y de la humanidad, precisando así el fenómeno social como anorgánico, orgánico y psíquico, habían influenciado forzosamente la evolución del pensamiento del sociólogo, como éste enviándole en 1886 su primer volumen de sociología, se lo señalaba; de esta fecha datan las relaciones cada vez más estrechas entre G. de Greef y Elíseo Reclus y su colaboración fraternal en la fundación de la Universidad Nueva.

Evocando lo que fué esa «Geografía Universal» Guillermo de Greef concluye:

«La obra de largo alcance, victoriosamente terminada, no era simplemente un grandioso monumento científico, sino una obra de sana y elevada moral. Leyéndola, nadie podía dejar de sentir simpatía hacia el autor y sobre

IRENE CURIE

Ha muerto, de muerte parecida a la de su madre, Irene Curie, cuya vida ha transcurrido paralela también a la de su madre.

Las dos, María e Irene Curie, constituyen el testimonio flagrante de lo que es la aportación y la contribución de la mujer a la obra heroica de la ciencia. Las dos han sacrificado sus vidas al trabajo de investigación, en el que las dos contrajeron el mismo mal que debía llevarlas a la tumba.

Los secretos arrancados al misterio de la naturaleza exigen el holocausto de muchas existencias. ¡Cuántos y cuántos hombres han muerto y morirán todavía en esta búsqueda incesante! Todos animados del mismo altruista y generoso deseo de contribuir a la mejora de la vida de la humanidad; a redimirla del trabajo, de las enfermedades, de la miseria. Lo terrible es que muchas veces los secretos descubiertos por los investigadores, han servido, no la causa de la vida, sino la de la muerte; han contribuído, no a liberar a la humanidad y a redimirla del dolor, sino a esclavizarla y a sumirla en espantosas destrucciones.

Si María Curie hubiese sabido, al descubrir, junto con Pierre Curie, el radium, que, desde ese punto de partida, debía llegarse hasta el descubrimiento de la energía atómica y que ese descubrimiento debía hacer posible, no la redención de la maldición del trabajo sobre los hombres, sino la fabricación de bombas de potencia tan formidable que apenas puede concebirla la mente humana, ¡cómo hubiera renunciado con horror a su trabajo! La propia Irene Curie, que junto con su esposo Federico Joliot, contribuyó poderosamente al descubrimiento y fijación de la energía nuclear, ¡cómo debía renegar de sus propios descubrimientos, si ellos han de servir para destruir en lugar de mejorar la suerte del género humano!

En la obra y la vida de Irene Curie sólo debemos apreciar lo que ellas representan de esfuerzo y de abnegación científicos. Aquella parte que se refiere a sus posiciones de tipo político, no nos interesa.

Y la constancia ejemplar de esta mujer, devorada lentamente por las emanaciones mortíferas de las materias que manipulaba, pero que, como su madre, ni por un instante pensó en abandonar, en conservar su salud por encima del interés científico, tiene una dignidad extraordinaria. Demuestra de qué temple es el alma humana y cómo, al margen de ideas religiosas, de renunciamientos impuestos por cultos inhumanos, habrá siempre seres que sabrán sacrificar su existencia, animados y sostenidos por la pasión científica, por el sentimiento solidario, por el deseo y la necesidad de la justicia.

---

todo nadie podía sustraerse a ese sentimiento de simpatía universal que despierta precisamente a medida que la unidad mundial se realiza, repercutiendo en las conciencias. La obra hacia amar a su autor, como éste inclinaba a todos los hombres a amarse entre sí. En toda la obra respira un respeto inalterable hacia todas las naciones, hacia todos los grupos o tribus, civilizados o no; no hay prejuicios nacionalistas o étnicos; siempre y en todas partes muestra lo que une y no lo que divide, sin olvidar las particularidades que, por lo demás, son ellas mismas una de las condiciones de la adaptación del hombre al planeta y del hombre al hombre».

¡Qué mejor y más bello elogio de una obra humana, de un canto de amor que exalta la belleza creadora del hombre sobre la tierra! Pero escuchemos al propio Elíseo Reclus, confiándonos sus esperanzas. Nada hay más maravilloso, en efecto: «He querido vivir mis relatos, mostrando los rasgos que caracterizan a cada país, señalando el genio propio de cada grupo de la humanidad. En todas partes, puedo decir, me he encontrado en mi casa; en mi país, con los hombres, mis hermanos. No creo haberme dejado arrastrar por un sentimiento que no fuese el de la simpatía y del respeto hacia los habitantes de la gran patria Sobre esta bola que da vueltas rápidamente en el espacio, grano de arena en medio de la inmensidad, ¿valdría la pena que nos odiásemos?...

«El Hombre tiene sus leyes, como la Tierra... El Hombre que contempla y escruta este universo y asiste a la obra inmensa de la creación incesante, que empieza siempre y no termina nunca, participando él mismo, por la amplitud de la comprensión, a la eternidad de las cosas, puede llegar, como Newton, como Darwin, a resumirla con una frase. Si la Tierra parece lógica y simple en la infinita complejidad de sus formas, ¿acaso la humanidad que la habita puede ser una masa ciega y caótica, agitándose al azar, sin finalidad, sin ideal realizable, sin conciencia de su destino?»

Apenas Elíseo Reclus acababa de terminar la última línea de esta obra monumental, a la que consagró más de veinte años de trabajo, y ya estaba soñando en completarla, aportándole un complemento.

«Quizá llegaremos a contemplar con el pensamiento el espectáculo de la historia humana, hasta más allá de los malos tiempos de la lucha y de la ignorancia, y reencontraremos el cuadro de grandeza y de belleza que nos presenta la Tierra. Es esto lo que quisiera estudiar en la medida de mis fuerzas».

En un artículo publicado en «La Flandre Libérale», el 11 diciembre 1881, un corresponsal particular de este diario en París, disertaba sobre el séptimo volumen de la Nueva Geografía Universal, que acababa de aparecer, y decía:

«Por lo demás, M. Reclus no se limita solamente a lo que pasa sobre la superficie del suelo. La Naturaleza terrestre es cambiante como los hombres que ella nutre bajo la impulsión de los movimientos interiores; las montañas se elevan y se hunden; las aguas corrientes minan el suelo y lo arrastran hacia el mar; las olas excavan los acantilados o reconstruyen los archipiélagos; por todas partes se esconde una vida intensa y siempre en actividad que renueva la superficie de la tierra. Al mismo tiempo, los pueblos cambian, modificando las producciones naturales; se mezclan, se cruzan y se desplazan». Y citando a Reclus, termina: «La mobilidad de todo lo que nos rodea es infinita; y sin embargo precisa dar de ello una idea; describir a la vez el medio primitivo y el medio cambiante»

HEM DAY

Trad. F. M.

(Concluirá.)

CONCEPCION ARENAL

HUMANISTA ENTRE SERAFINES

L rito carolingio de la galantería las clases aristocráticas lo practicaron hasta principios del siglo pasado. La galantería era para aquellas clases una norma que consistia en dar a la mujer en público trato de diosa y en privado trato de barragana, a veces después del minué y con acompañamiento de elegantes suplicios.

Los tiempos románticos generalizaron la galantería carolingia a la clase media toda ella rural o ruralizada hasta después de 1850. El romanticismo y la galantería se difundieron juntos. El romanticismo era en puridad y consigna la vuelta a la naturaleza y la clase media rural halló la naturaleza a dos pasos de casa cuandc empezó a copiar las recetas de Rousseau como si fueran recetas de cocina. La galantería fué calco también en la clase media. Los románticos del tipo sensorial como Musset han podido demostrarlo. Musset fué quien advirtió más claramente el carácetr del romanticismo al observar que el nacimiento de éste coincidia con el cambio de indumentaria carolingia por indumentaria negra de velatorio. Epoca fué aquella marcada en España por el tránsito de Goya a Esquivel, desde la casaca bordada al atuendo fúnebre. Y época de pleamar en la política cuando los hombres se dedicaban a ensalzar a las mujeres en tertulios y libros pero las condenaban en realidad a perpetua esclavitud adjudicando a la esposa y a la amante una idolatría sincopada que a última hora no era más que cobardía sexual. Ejercian los hombres la dictadura familiar absoluta y sus preocupaciones máximas eran extender a lo que llamaban la nación el mismo absolutismo De este punto de vista nació la política que legisla sobre lo ilegislable.

El pueblo no profesaba la galantería congelada y encasacada en los salones. Vivía al margen de éstos. No sentía el romanticismo como una vuelta a la naturaleza porque no se apartaba de esta naturaleza, aunque fuera poco propia para escenario de la «Galatea». Así como los ricos nuevos, la intelectualidad, los compradores de bienes nacionales, los arbitristas y los leguleyos substituyeron a la nobleza apergaminada en la gobernación, la anularon en los salones con la literatura amorosa y las reminiscencias coloniales. El profesor Diaz Plaja ha escrito un precioso libro, «Introducción al Romanticismo español», no publicado aun pero conocido lo suficiente por mí en el texto inédito para saber que el autor atribuye el nacimiento de las esencias románticas a las descripciones que hacían de América los aventureros al volver al solar hispánico hablando de pepitas de oro, ríos de plata, de Jauja y Potosí, de árboles de miel y paraísos floridos. Aquellas descripciones leídas por Rousseau incubaron el romanticismo francés que extendió su zona por España creyendo los españoles que era una invención francesa; como creyeron que era romanticismo francés el de Víctor Hugo a pesar de haber demostrado Mesonero Romanos que el autor de «Napoleón el Pequeño», bebió en España el romanticismo reflejado por Lope de Vega en «El peregrino en su patria», no tanto en «Fuenteovejuna», obra de servilismo para la realeza. Sabido es que Víctor Hugo era hijo de un general que vino a España con las tropas de Napoleón y que se educó Víctor en un colegio castizo madrileño leyendo a los clásicos con más atención que antes Boileau y después Alberto Lista.

El romanticismo popular no era el libro ni el salón, como tampoco el jardín recortado, sino la estepa, la guerrilla, la vida hermética de los poblados perdidos entre caminos vecinales, el individualismo tozudo pero no razonador y matizado, el individualismo sin individualidad. Los guerrilleros de manta y trabuco salían a los caminos haciendo la señal de la cruz. A veces las cuadrillas eran apostólicas como en Levante la de Jaime el Barbudo, indultada por influencia episcopal y adscrito al clero para matar a los liberales. Otras veces tenían aquellas cuadrillas el favor miedoso de algún cacique como la cuadrilla de Cucaracha en Aragón tenía el favor del cacique Castarás, de Lanaja. Pero a veces, los guerrilleros de manta y trabuco eran románticos apolíticos y galantes. Galantes con ese sentido de gallo que solo cree en la galantería de majeza y aspira mucho más a mandar que a adquirir probando que la autoridad sugestiona antes que las onzas y que las joyas.

El romanticismo popular era el internacionalismo abnegado y a veces la justicia fulminante de los motines contrastando con la cachaza picaresca habitual y recelosa, tan apegada a la entraña española. Romanticismo popular era el trabajo sin jornal, el trasiego de bellas calidades arbóreas, la agresión a cuchillada limpia contra los perdonavidas rurales pendencieros que vivían de cobrar el barato, el amor sin capítulos matrimoniales, el foco de cultura ajeno al Estado, la vida de relación no forzada, el desinterés de tantos y tantos hombres de las sociedades secretas, la agrupación sin cuota de salvamento ,la gesta decisiva contra el tirano, las tertulias sin presidente. Todo esto no caía bajo ninguna jurisdicción. Era la actividad constructiva hispánica y romántica sin calcos de salón, reminiscencias coloniales ni modas circunstanciales. No era un remedo de la gitanería, no era un conjunto de espontaneidades. Era todo un sistema de moral, de ejemplar vida de relación, de no explotación ni balance, de apoyo de arte popular y superación. Si todo este mundo laborioso y honesto quedó en parte desvalorizado por su incorporación a los partidos de apelativo proletario o de apelativoo burgués, fué por acomodarse todos a consignas de autoridad que están destru-

---

Irene Curie, muerta por la ciencia, continúa la tradición gloriosa de esa legión de mujeres admirables que cada día luchan con la muerte en hospitales, en leproserías, en laboratorios, intentando encontrar el remedio a todos los males que aquejan a la humanidad. Y, junto a la legión de las y de los que luchan desde otros terrenos de la vida social, constituyen la gran avanzada de un mundo superior, que va desbrozando el camino de las generaciones futuras y preparando el terreno para que al fin la especie humana realice en la tierra el reino que todas las religiones prometen para los cielos.

yendo el fondo inconformista para inyectarlo en programas políticamente irrealizables.

Las pruebas son patentes. Recordemos la picaresca española. ¿Quién la humanizó? Cervantes. Este creó el arquetipo más formidable de romanticismo y antipicardía. Al héroel manchego no le entiende el cura torpe ni le entiende el pedante bachiller, pero le entienden los pastores bajo las encinas cuando exalta la edad «en que no había tuyo ni mío». El primero de los héroes cervantinos es el primero de los antipícaros. De él arranca el humanismo generoso sin estatutos. Alonso Quijano tenía que remendar sus propias calzas de velludo. Como popular independiente se anticipó al romanticismo guerrillero de manta y trabuco moliendo a los pícaros sin esperar justicia de los jueces, arremetiendo contra los esbirros a lanzada limpia y libertando a los presos sin preconizar el voto, para abrir las cárceles con la picaresca incruenta de la paleta. Es preciso humanizar la picaresca. Contra ésta se escribió lo mejor del Romancero.

—¿De qué lloras, blanca niña?
¿De qué lloras, blanca flor?
—Lloro que perdí las llaves,
Las llaves de mi cajón.
—Si de plata las perdistes,
De oro te las hago yo.
—No quiero plata ni oro,
Las mis llaves quiero yo.

¡Esto es lo grande! Sentimiento estoico y despreciativo de la riqueza: Quien tiene una copa pequeña pero bebe en su copa; quien sabe ganar independencia en vez de amontonar dinero; quien vive por su esfuerzo y mejora su vida por iniciativa y solidaridad; quien crea una necesidad de orden superior por cada posibilidad de satisfacerla es el romántico popular. El romántico libresco, lo que hace es buscar un destino.

Cuando Concepción Arenal empezaba a atisbar la realidad carcelaria de España, el régimen llamado penitenciario era ni más ni menos que el régimen de los castigos coloniales. Si el alcohol producía homicidios en la calle o en la taberna, el homicida se hallaba con unos cerceleros beodos de autoridad y de cazalla. Les ponían cabos de varas en vez de pan y confidentes en vez de abrigo, les hacían construir murallas sin quitarles la cadena y les obligaban a asistir a misa. Los descendientes de Rinconete se defendían a dentelladas ingeniosas contra el hambre y las autoridades preferían como Rinconete, conservar a éste sucio, analfabeto y cautivo, que libre, limpio y aplicado. Para conseguirlo halagaban lo que de peor había en Rinconete y que no era ciertamente lo que le empujaba al delito como creen los cuáqueros y los alguaciles, sino que favorecían lo que hace amar la holganza: la cárcel, escuela de holgazanería como no hay otra.

Esta población era poco heterogénea. Quedaban en presidio los que no podían agenciarse un indulto parcial promovido por la clerecía o los amos de la tierra. La legislación penitenciaria estaba militarizada y en perpetuo régimen de guerra cruenta. Las leyes eran tan atrozmente absurdas que por arremeter cinco guerrilleros contra un usurero y cacique rico en el monte, exigiéndole tres o cuatro mil reales sin causarle el menor estropicio físico y sin obtener el dinero, los tribunales dictaban cinco sentencias de cadena perpetua, costando al Estado la estancia en presidio de los sentenciados, según calculó Rafael Salillas, más de quince mil duras, aparte de quedar en inmovilidad productiva aquellos cinco hombres en la flor de la edad. Y según calculé yo en la cárcel de Barcelona con otros clientes sociales del establecimiento, las condenas por robo y hurto en un año, equivalían por lo que se refiere a aquella audiencia a un gasto de ciento catorce mil peestas que tenía que hacer el Estado, manteniendo a los sentenciados — sin contar los sueldos del personal judicial, policíaco y carcelario — y, en cambio, lo expropiado no llegaba, como delito consumado, ni a quince mil pesetas. A pesar de la supuesta tradición tolerante del sistema penitenciario español, desde el «Discurso sobre las Penas» de Lardizábal que no es más que un resquicio de filantropía parcial dieciochesca, hasta el militar Abadía, que Albornoz reputa, sin muchas pruebas, precursor de Montesinos a la vez que deja de citar a Dorado. Montero y Concepción Arenal. Estos, cada cual en su medio, sobre todo Dorado Montero, fueron más grandes que los adherentes todos de la Sociedad Filantrópica de 1840, más grandes que los visitadores de cárceles y que los burócratas de los patronatos incluyendo a Quintiliano Saldaña y sus obras de lloriqueo pitagórico. Modernamente, los profesores de penalismo como Cuello Calón o Jiménez Asúa saben mucho menos que un quincenario. Creen que la cuestión de aplicar penas, graduarlas y dosificarlas, es una «técnica» como creen también que la reforma de los llamados delincuentes, habituales o no, es tema de tesis doctoral, de técnica. Quien recuerde la verdadera realidad de presidios y cárceles en España en los últimos ochenta años y sea imparcial tendrá que reconocer que los únicos que moralizaron y humanizaron el régimen carcelario fueron los anarquistas, con ejemplos de abnegación, con su espíritu desinteresado y su práctica de solidaridad. Salvochea fué en esto un ejemplo vivo al negarse a salir de presidio por caridad del enemigo, fugándose en condiciones peligrosas, pero más presentables que la urna, sistema novísimo de fuga inventado por el socialismo político.

Concepción Arenal sentía el romanticismo altruísta de los que hace siglos desde Licurgo a Augusto Compte y desde éste a los Soviets suponen que el hombre nació para ser gobernado por los únicos seres del mundo que no se dejan gobernar. A veces parece Concepción Arenal una señora del Ejército de Salvación, como las que se ven en Londres entrar en las tabernas para predicar templanza. Hay una biografía muy incompleta, en ciertos aspectos interesante, de Concepción Arenal, escrita por Matías Usero Torrente, reivindicando para ella el carácter heterodoxo, liberal, librepensador y hereje. Era una sensiblilidad fina de mujer que quería corregir la grosería de los hombres empantanados perpetuamente en el atolladero de la autoridad, modificando ellos a cada paso lo externo de un régimen político, pero haciendo que se parezca a otros ya que todos tienen por base el mismo principio antisolidario y gubernativo. Creía Concepcional Arenal que en la sociedad «están los elementos necesarios para consolar todos los dolores y que no hay más que armonizarlos». Es evidente esto, pero precisamente no se pueden armonizar como deseaba Concepción, fuera de la vida directa sin autoridad. Creía ella en el Estado, no en las unidades sociales de tipo solidario.

Refiriéndose al personal religioso en hospitales y asilos decía, con evidente optimismo: «Tributamos a estas piadosas mujeres todo el respeto que merecen su abnegación y sus evangélicas virtudes». Se refiere a las religiosas con exageración laudatoria y añade: «Pero si con su santa vida ennoblecen la naturaleza humana, no les es dado cambiarla.» Evidentemente. ¿Cómo van a cambiarla con el dogmatismo de las tocas y el rosario para curar a quien está desnutrido?

Concepción Arenal era profundamente pesimista y profundamente religiosa. Siempre la religión es una fuente de pesimismo, como lo es cualquier sistema cerrado, intangible y autoritario. El pesimismo no obedecía a una determinada religión. Parecía protestante más que católica. Su religión era de fondo, tan peligrosa o más que de la forma porque era sentimiento. Cuando el sentimiento compasivo se dedica a un preso o a un asilado, en vez

de inutilizar cárceles y asilos con nivel de altura moral y cultural o de trabajar para esa buena obra, nace «La Voz de la Caridad», que era una publicación de socorro editada por Concepción Arenal en favor de los que nada tienen, ni aun libertad de andar. Tal vez sea Concepción Arenal la figura más seráfica del liberalismo humanitario en la España de su tiempo; desde luego, es la más entrañable y sinceramente atribulada por las desdichas humanas; a veces se expresa con valentía serena, pero no tarda en caer en la sima del romanticismo libresco de su tiempo, sucedáneo artificial del romanticismo popular que hay en su impulso inicial de piedad laica. El serafín sucede a la conmiseración. Anegada en lágrimas por los desdichados presos y deficientes, siente allá dentro un cántico de serafines evangélicos y sigue llorando con desconsuelo.

Pero los serafines siempre acaban por jugar una mala partida a los seres humanos. Un hombre tan evangélico como Luis de Zulueta que escribe con pluma bíblica y mucho menos ágil que la de Borrow, oye un día rumor de alas: «Me dicen los serafines que vaya a desempeñar una embajada» exclama. Y se va a Berlín. Luego escribe docenas de artículos pacifistas y evangélicos, pero él estaba en una embajada haciéndose millonario y personaje mientras nosotros seguíamos en la cárcel o a punto de volver o viviendo de medio lado. Que Zulueta viva en comunicación con suculentas embajadas nos parece que es tal vez irremediable, después de haber desempeñado cargos parecidos unos perfectos hotentotes; pero que nos quiera convencer de que los serafines le dan cátedras sin oposición y suculentas embajadas, nos parece un tanto excesivo.

Pues bien: Concepción Arenal no profesaba el luteranismo contabilista de Zulueta ni tampoco el liberalismo pacato de éste, risueño como el de una colegiala calvinista de Ginebra para todo lo que sea atalayar el porvenir, negro para el presente. Concepción Arenal, con todo, volvía indefectiblemente a su pesimismo incurable. ¿Creía que todos los males nacen de la defectuosa organización social? Hay quien afirma que los impulsos de violencia no se darían en una sociedad perfecta. ¿Puede existir la perfección? ¿Qué es? Nadie ha podido decirlo con teorías ni con hechos. Lo evidente es que si los hombres han de esperar para ser buenos a que lo sea el régimen, sobran las ideas anarquistas. En el actual régimen hay una ramera que dice serlo por necesidades económicas y otra no es ramera teniendo parecidas necesidades económicas y parecidas perspectivas de desenvolvimiento.

Hay un error en achacar la maldad de los hombres a la maldad del régimen porque todo ello equivale a creer en el absurdo de que un régimen hecho por serafines o por comisarios enderezaría todos los entuertos del mundo. Esto no es más que sectarismo. Y en este sectarismo incurrió Concepción Arenal, a pesar de su refinado temperamento. Leamos ahora un bosquejo de autobiografía escrito por Concepción Arenal:

¿Quién soy yo? Allá en el bosque una hoja caída
Cual otras que ahora caen, cayeron y caerán
Abril les dió la vida, noviembre las arroja
Al suelo, y en su día las barre el huracán.

Queda lejos el romanticismo popular y se perfila el de cripta.

*****

El romanticismo tuvo en España un sentido popular ajeno a las modas literarias. No fué cosa de teoría, calco, contagio o azar, sino conciencia desinteresada, acto individual o colectivo calificable precisamente por su desasimiento de cualquier tradición escrita, histórica o literaria. En todo caso fué costumbrismo y arte popular.

¿Tienen algunos antecedentes literarios ese romanticismo popular? Indudablemente. Pero aquellos antecedentes literarios no sirvieron de arranque para sucesivas acciones, ni tampoco sirvieron de modelo. Cuando el hidalgo manchego da la libertad a los galeotes encadenados es un romántico. Cuando hoy se facilita una fuga de presos sin interés pecuniario o político se es un romántico sin imitar al inolvidable manchego, cuyas hazañas pueden incluso ser desconocidas por el libertador actual. Se deja de ser romántico, en cambio, cuando la libertad es un tráfico para conseguir prebendas; cuando la cobardía de llevar la papeleta a la urna substituye al esfuerzo directo libertador, que es el verdaderamente subversivo, el único efectivamente revolucionario.

De la misma manera, para aliviar el preso se fundaba Concepción Arenal en teorías evangélicas y no en el derecho a la libertad, más antiguo que todos los textos evangélicos. Puede considerarse Concepción Arenal como adalid del sentimentalismo, pero no como efectiva luchadora en la pugna eterna entre la libertad y el absolutismo. Para procurar la libertad de un preso decir que delinquió a consecuencia de la defectuosa organización social, es una monstruosidad puesto que la libertad es un derecho que no se altera por «delinquir». Este verbo es absolutista y en una reivindicación racional no cabe ni mentarlo. Los que piden libertad «aunque se haya delinquido» son católicos en el fondo. Hay que pedir la libertad por respeto al hombre y como tal. Aunque sea un monstruo. También Poincaré lo era y en libertad estuvo siempre. Si una jovencita pobre cae en las zarpas de un rico para ser instrumento de placer es porque ella quiere parecerse al rico, vestirse y engullir como éste, no porque haya pobres y ricos. Ahora bien: el hecho de que los pobres tengan pretensiones de ricos es lo que eterniza el régimen de los ricos, no las fuerzas coercitivas de éstos como se dice en los prontuarios marxistas. El marxista es el hombre que ronca. Los ronquidos de Marx se parecen a los de un comunista resentido de hoy sin necesidad de ponerse de acuerdo los dos partiendo de ninguna teoría. Cuando de la rebelión contra el capital se hace un partido se eterniza o bien queda transferido a un solo capitalista infinitamente más dictador que los otros: el Estado.

Concepción Arenal era un espíritu evangélico y delicuescente. Su afán de claridad no era, con todo, un aislador, pues conservaba afinadas las entendederas para vapulear a las clases privilegiadas, aunque con sordina. Su error consistía en querer reformarlas en vez de aniquilarlas o aislarlas dejándolas en compañía de la propia inutilidad. Formulaba para la mujer la necesidad de purificar las creencias de toda superstición — en su libro «La mujer del porvenir» — y a renglón seguido aconsejaba la «multiplicación de caminos para llegar a Dios» ¿Para llegar a Dios? Concepción Arenal deja aquí al descubierno su afición a la magia. Porque si el orden social, como decía la señora Stael, no consiste más que en una especie de ejercicio de paciencia que hace el mayor número de seres, crea o no crea en la divinidad, este mayor número de seres que aspira o no a tener a la divinidad como dechado de perfección («no reconocemos más absolutismo que el de Dios» decía Aparisi Guijarro y repetía Vázquez Mella) lo que hace, en realidad de verdad, es continuar por una eternidad sus ejercicios de paciencia.

Concepción Arenal no era partidaria del voto femenino. Consideraba atrasada a la mujer, no consideraba absurdo el sufragio. «Puesto que los hombres son tan brutos — viene a decir —, que voten. La mujer será como un recurso de paz en medio de las pasiones políticas.» Es decir, será como atenuante de brutalidad. «Quédese para el hombre — escribía — el desdichado monopolio de todas las luchas, de todas las guerras, de todas las iras; la misión de la mujer sea de paz, aliada natural de todo el

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

PAGINAS MAESTRAS El pensar y el sentir

AUNQUE en la esfera individual estas dos manifestaciones del espíritu estén ligadas estrechamente y dependiendo una de otra, en la colectiva son de resultados casi del todo opuestos. La educación y el ambiente influyen menos en los sentimientos que en las ideas. Las costumbres, hábitos y creencias trascienden más en los pensamientos que en el modo de sentir, que suele variar poco después de la cuna.

Hay diferencias en el modo de sentir las desgracias y alegrías del prójimo que son dependientes de las ideas, como, por ejemplo, la contemplación de un miserable: lo miran impasibles quienes lo creen hecho natural y obligado: lo desprecian aquellos que lo acusan de zángano; lo compadecen quienes lo ven desgraciado, y se irritan contra la social injusticia los que lo miran como dependiente de un orden social arbitrario. Pero estas diferencias no son fundamentales. En el fondo, la capacidad de sentir amor hacia los semejantes, satisfacción por el bien y lástima por la desgracia ajenas, solidaridad con el débil y el caído y odio contra el detentador, no es privativa de ninguna doctrina social, y ésta por encima del modo de pensar.

Los hombres se hallan agrupados por intereses económicos, por creencias religiosas o filosóficas y por ideas políticas. Precisamente por lo que más distancia a los hombres, por lo que fomenta el odio sin cuartel, el desprecio y la adversidad o la muerte, por lo que fomenta la dureza del corazón. En cambio, la identidad de sentimientos, fomentadora de cordialidades, no ha servido aún para establecer vínculos de unión entre los hombres. Nada une más que la identidad en el sentir, como nada separa más implacablemente que la disparidad en las ideas.

Las ideas parecen tener una misión social: acentuar los odios humanos, ser viveros de discordias, fomentar las guerras, desatar la barbarie. Nos conducen de la mano a la crueldad. La camaradería ideológica apenas puede existir más que entre media docena de individuos, ya que son pocos los que llegan a coincidir en una misma concepción mental. Sólo el sentimiento puede unirnos por encima de las diferencias en el modo de pensar, de las fronteras geográficas, religiosas, ideológicas y sectarias que siembran odios cainitas entre humanos. Las ideas, las elucubraciones mentales, han servido de cemento a las guerras. Las arengas se hacen a base de ideas o de apariencias de ideas, ¡qué más da! Las masas no aprecian estas sutilezas. Los pacifistas, en cambio, han de hablar al sentimiento, como lo hace el libro de Remarque «Sin novedad en el frente». Aquel sentimiento fraterno que hace pronunciar al protagonista de la novela la palabra «camarada» ante su enemigo de frente, a quien en un momento de ceguera belicosa, de inconciencia guerrera, acaba de apuñalar.

Los hombres no pueden llegar a coincidir en una idea, menos en una concepción social, pero llegan fácilmente a hermanarse en un sentimiento compasivo, en un afecto humano. El sectarismo olvida que es hermano el que piensa al revés que nosotros y acostumbra a negarle la bondad y hasta la capacidad de sentimientos. La belleza de sentimientos puede alumbrar en todo ser, desde el más obcecado al más sensato, desde el más zafio al más intelectual, desde el más sabio al más ignorante y desde el más fanático al más librepensador.

Criminales hay con más dosis de bondad y más pureza de afectos que muchos que pasan por moralistas.

Isaac PUENTE

(«Estudios». Septiembre 1929. Núm. 73, pág. 3.)

---

que sufre. Vuélvanse desde su puerta todos los perseguidores.» Equivalen estas palabras a una confesión poco nalagüeña, pues si Concepción Arenal suponía favorable a la mujer el apartamiento de la política, a la política reformista de los hombres encomendaba la reforma del sistema penal y del social. Después de tratar a los hombres de ignorantes, groseros y autoritarios, tenía esperanza en ellos, creía en sus monstruosidades bautizadas con el nombre de programas.

Por ello han sido los hombres, sin excluir a los jesuítas, exaltadores de la obra de Concepción Arenal, tórtola piadosa que criticó al filisteo católico como lo critica un descreído. En España el catolicismo es reseco y resentido, no blando o suave. Los tonsurados son unos erizos o bien unos interesados pulverizadores. Sólo se encuentran temperamentos místicos entre los descreídos como Giner, Salmerón, Cossío y pocos más. Comparado con éstos, el terrible católico Nocedal era un puerco espín. Concepción Arenal no era creyente a la manera de los místicos laicos, sino a la manera de una señora anglicana o de un cura renegado que sigue en el redil. De conocer la obra cumbre del llamado modernismo católico italiano — «Il Santo», de Fogazzaro — se hubiese entusiasmado cálidamente.

Escribe Concepción Arenal: «Al ver la política contemporánea tentados estamos, no ya a tenerla por un pecado capital más, sino por el conjunto de todos ellos, puesto que a poco que se la observe se la notará que es soberbia, avara, iracunda, glotona, envidiosa.» Palabras exactas. Aunque a continuación nos da esta nota: «Entiéndase bien y distíngase la política del Estado. El Estado es la universalidad de los ciudadanos con sus elevadas aspiraciones, su justicia, su derecho, sus intereses permanentes.» Aquí ya demuestra de nuevo su creencia en la magia porque es una entelequia como lo es la política separada de la insensatez.

En suma: Concepción Arenal creía que el Estado es una institución útil y que la política es una institución útil. Creía en la caridad y en el reformismo, en los tribunales y en la ley. Para ella había delincuentes forzosos y una eternidad desalentadora, forzosa también, de miseria y servidumbre que puede hacer cesar la divinidad con sus cielos de humo, su gloria de cirios fúnebres y cantos de gallo tonsurado. Concepción Arenal no descendió nunca del Sinaí.

Felipe ALAIZ

CUENTOS DE LA NOCHE

LA MADRE

La muerte iba llegando dulcemente. Ella no sentía ninguna tristeza de morir. ¡Eran ya tantos los años y habían sido tantas las penas! Descansar para siempre, para siempre reclinar la cabeza y dormirse, no representaba para ella ningún drama.

Además, tan achacosa, ¿qué podía ya hacer en el mundo? Las piernas se negaban a llevarla a donde ella hubiera querido. Ya no era útil para ayudar a su hija; más que otra cosa era una carga para todos.

Mientras pudo, cuidó de la casa, de la cocina, de la ropa. La hija y las nietas trabajaban, buscando aquí y allá la faena mediante la cual no faltase ningún día un plato de sopa con que llenar el estómago. Pero empezó a fallarle la vista; las piernas se hicieron débiles. Se vió obligada a confinarse en un rincón, cerca del fuego, en invierno; al lado de la ventana, en verano.

En las horas interminables que pasaba sola, su mente corría hacia el pasado, el gran refugio y el único consuelo de los viejos. Primero soñamos con el porvenir, llenándolo de imágenes y de escenas hijas de nuestro deseo y de nuestra ilusión. Después, al ser viejos, vivimos de recuerdos del pasado, embellecidos y sublimados por la distancia.

Pero su idea fija, su obsesión, era su hijo. La pena recóndita de su alma, era marchar de este mundo sin volver a verle. Ya casi había perdido la cuenta de los años que no le había visto. Sólo sabía que hacía mucho, mucho tiempo. Pensaba que se había alejado de ella mozo y que ahora debía ser casi viejo.

Aquella noche en que vino a despedirse, no la olvidaria ella nunca.

—Me voy, madre — le dijo tristemente, deslizándole el brazo por encima de los hombros.

Ella, devorando las lágrimas, imponiéndose la calma, le dijo serena:

—Vete, hijo. Mejor te prefiero lejos que muerto.

Los fascistas ya estaban a las puertas del pueblo. Todos los hombres válidos, más o menos comprometidos en una acción cualquiera de carácter revolucionario, se habían marchado. El había sido Secretario del Sindicato. Era un mozo cabal, muy inteligente, trabajador, formal; su orgullo y su gloria. El único hijo. Tenía dos hijas, pero su preferencia recóndita, su amor callado, era aquel mozo, en el que revivía la gallardía del padre y que siempre había sido para ella afectuoso y solícito.

Le vió marchar, pensando, en el fondo, que la ausencia no sería muy larga; que aquello acabaría por arreglarse de una manera o de otra. Cuando vió las terribles represalias ejercidas con los que se habían quedado — que se quedaron, precisamente porque no habían intervenido en nada — ¡qué alegría sintió de haberle hecho marchar, de saberle lejos!

Pasó mucho tiempo consumiéndose en silencio. Las hijas se casaron. La una con un falangista, que miraba de reojo a la familia, sabiendo que tenían un miembro «en Francia». Tener a alguien en Francia era ya una tara, un estigma en aquellos años terribles. La otra con un muchacho trabajador y bueno, que se quedó en la casa y que fué el sostén de todos durante muchos años. Luego nacieron las dos nietecilas que fueron creciendo a su vez y haciéndose mujeres. Ahora los cuatro trabajaban en lo que podían y con cuatro jornales iban todos viviendo.

¡Cuántos años representaba todo esto! Ella sólo podía medirlo por las nietas, nacidas y crecidas a la sombra de aquel vacío, y por ella misma, que había perdido fuerzas y sentidos al correr del tiempo. Cada año que pasaba la acercaba a ella a la tumba; pero ella alejábala con su esperanza:

—No quiero morir sin volver a verle.

En las cartas que le escribía, el hijo le prometía siempre la venida para fecha próxima. Pronto cambiarían las cosas. «Pronto podremos volver a vernos».

Ella pensaba: «Si las cosas no cambian pronto, yo ya habré muerto».

Pero nunca expresó al hijo este pensamiento.

—Sería capaz de venir. ¡Y si luego le pasaba algo!

El hijo le propuso hacer un viaje, ser ella la que fuese a él, ya que él no podía ir a ella. Pero no hubo manera de obtener pasaporte.

—Que tu hijo venga para acá, en lugar de ir tu allá. Si no ha hecho nada, nada le pasará — se le dijo.

La madre callaba, pensando en los centenares de hombres del pueblo y de los pueblos cercanos, que no habían hecho nada y estaban en presidio o en el cementerio.

El hijo la consolaba:

«Paciencia, madre, paciencia. Las cosas se van arreglando. Pronto podré volver.»

La madre pensaba:

—Si no se arreglan pronto, yo ya estaré muerta.

⁂

La muerte iba llegando lentamente. El corazón, fatigado, la obligó a quedar en la cama, inmóvil, respirando con dificultad. No sufría. Mas como se sentía muy cansada, la madre pensaba:

—Si Pedro viniese, yo ya podría irme.

Pero cuando la hija escribía al hermano, la madre le decía:

—Que Pedro no haga locuras. No le digáis que estoy enferma. Esto ya pasará. Aún podré esperarle una temporadita más.

Cada vez que la muerte se acercaba, la madre le decía dulcemente:

—No, todavía no. Necesito ver a mi hijo.

Y el milagro se realizaba. La muerte se apartaba, concediendo un nuevo plazo de vida.

Cuando Pedro recibía las cartas de su hermana, lloraba y apretaba los puños:

«La madre está cada vez más agotada. Pensamos que no pasará este invierno. Si resiste, es siempre con la esperanza de volverte a ver».

Cuando la hija escribía, la madre le decía:

—Sobre todo, no digas a Pedro que estoy mala. Sería capaz de hacer la locura de venir. Yo haré lo posible por vivir un poco más.

⁂

Ella sabía que aquella noche iba a ser la última. Que nunca más vería un nuevo amanecer. Y que tampoco vería más a su hijo. La muerte no la asustaba. Era ya una buena amiga. Sería para ella descanso y liberación. ¡Pero si a lo menos hubiese podido ver y besar a Pedro antes de irse, hacerle algunas recomendaciones!

Que fuese muy prudente. Que tuviese mucho cuidado. Que viera de casarse con una mujer buena, que cuidase de él. Un hombre solo por el mundo es siempre un desgraciado. Y muchas otras cosas, pueriles y conmovedoras: Que no corriese con la moto que se había comprado. Que se abrigase bien en invierno, para no resfriarse.

Todo esto no podría decírselo, una vez más, de viva voz. Y no podría, una vez más, pasarle la diestra por el pelo negro y rizado, acariciarle el semblante con la mano tierna y descarnada.

Esta era su pena, su gran pena, su recóndita y callada pena. La única cosa que le faltaba para morir en paz.

Sin decirle nada, Herminia había puesto un telegrama a su hermano:

«Madre muy grave».

Cuando Pedro lo recibió, cogió la moto y se fué hasta la frontera. Unos amigos montañeses le ayudaron a franquearla por sitios fáciles. En pocas horas de marcha se trasladó al otro lado. Como pudo, consiguió llegar hasta una carretera, donde cogió primero un auto de línea; después el tren.

Si le detenían, sin papeles, era la cárcel; quizá una dura condena. Pero él pensaba:

—Más arriesgó mi madre para traerme al mundo.

Llegó al pueblo en un tren que pasaba cerca de las tres de la madrugada. Nadie le preguntó nada, le pidió nada.

Cuando llamó, con tres golpes secos, la madre apenas respiraba. Herminia estaba despierta, velándola en silencio .

Desde el umbral de la muerte, la madre oyó los tres golpes. Sus labios resecos se movieron imperceptiblemente:

—Abre, hija. Es Pedro que llega.

Cuando le vió ante ella, inclinado sobre su semblante, que la muerte afinaba, una sonrisa distendió su boca:

—¿Estás aquí, hijo? ¡Ya puedo morir en paz!

⁂

Arrodillados uno a cada lado de la cama, los dos hermanos esperaban el día. Sobre el lecho, inmóvil para siempre, la madre reposaba. Una gran paz se había hecho en el semblante escuálido. Los cabellos blancos aureolaban con un halo de nieve y luz su frente de mármol.

Por la mente de los dos hijos iba desfilando el pasado. Escenas dichosas de su infancia; recuerdos de horas ya idas, asociadas a aquella existencia que se había apagado para siempre. El hombre sentía en el corazón como una garra. Mientras ella vivió, de lejos o de cerca, su compañía invisible estaba presente y protectora. Como cuando era niño, el pensamiento de esa gran ternura que apartaba de su camino todos los peligros y todos los dolores, le había ido sosteniendo y consolando desde lejos. Muerta ella, el hombre sentía con indecible angustia su orfandad total, su soledad inmensa.

Todos los amores pueden mentir; todo lo del mundo puede fallar y hundirse ante los pies de un hombre: sólo esa ternura persistente y profunda de la madre le sostiene y le acompaña a lo largo de su vida. Y aquellos que de ella se vieron privados, toda la existencia llevan el sello de esa falta, la marca de esta ausencia.

Por encima del cuerpo inerte, los dos hermanos se miraron. Las canas plateaban las sienes de Pedro; Herminia, un año más joven que él, parecía más vieja.

—Ha vivido veinte años esperándote—murmuró ella con voz que las lágrimas contenidas hacían temblar.

El inclinó la cabeza. Tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar.

—Ha sido para ella una alegría muy grande que haya podido verte antes de irse para siempre — continuó diciendo Herminia —. Pero hubiera preferido no tenerla, si a cambio de ella tuviese ahora que pasarte algo. Ya la has visto. Ya te ha podido ver antes de exhalar el último suspiro. Ahora vete. Vale más que no te vean en el pueblo.

Pedro inclinó la cabeza, en signo de asentimiento.

Y cuando las primeras luces del alba difundieron su claridad gris sobre las cosas, dirigiendo una última mirada al frágil cuerpecillo inmóvil y frío, Pedro salió de la casa y se alejó del pueblo.

En él, ligándole a un pasado denso y feliz, ya nada quedaba. Y ante él se extendía, sin más apoyo que sus recuerdos y su fe, su vida a vivir solo, en búsqueda incesante de complemento y de compañía para realizar su humilde e inmortal misión de hombre.

Federica MONTSENY

En un sentido, la materia de mi vida es indiferente. Es Fidias un tan gran artista cuando modela la arcilla o cuando esculpe el mármol con su cincel. Pero hay unas materias más plásticas que otras: entre las cosas que yo declaro *indiferentes* desde que las comparo al solo bien, a la belleza de mi vida, las hay que yo llamo *preferibles*, porque se deben buscar en cierta medida desde el momento que no perjudican al soberano bien. Las cosas contrarias a las preferibles, las evito cuando puedo sin afearme.

Se ha dicho a menudo que los estoicos habían empleado los primeros la palabra *deber*. Hay aquí un error de confusión. No se encuentra en el estoicismo nada que parezca a la servil concepción moderna del deber. Para los estoicos yo no *debo* nada a nadie, no tengo deudas innatas, no acepto obligaciones, no soy el esclavo de una potencia ajena, concreta o abstracta, Dios personal o imperativo categórico. Soy un ser natural que tiene sus necesidades naturales. La palabra estoica que se traduce por *deberes*, sólo puede traducirse correctamente por *funciones*. O bien los estoicos habrían hablado, en el mismo tono que de los deberes del hombre, de los deberes del animal y de la planta.

El hombre tiene una vida vegetativa y una vida animal. Llena, pues, las funciones de todo ser vivo. Pero tiene, además, funciones que le son propias, como el aprender o como el amar a los hombres. «Es propio del hombre, decían los estoicos, el ser filántropo». Y aún: «Está en la naturaleza del hombre el amar a los otros hombres, no por interés, sino por corazón». Y la hermosa palabra que los primeros cristianos han empleado noblemente, que la decadencia cristiana ha envilecido hasta darle el sentido de limosna, la palabra que cantaba el amor con todos sus cortejos de gracias, de sonrisas, de exquisitas espontaneidades, la palabra *caridad*, fué de los estoicos que los cristianos la tomaron Los estoicos son los primeros en Occidente en haber proclamado, como una de nuestras funciones más nobles y más necesarias para la felicidad, la vasta «caridad del género humano».

Este amplio sentimiento destruía en el alma estoica el respeto por la patria que comete el doble crimen de oprimir al individuo y de separar a sus hermanos. Zenón, y todos los estoicos después de él, consideran al universo entero como la Ciudad de los hombres y de la Fuerza, y celebran el parentesco natural que une en un solo pueblo, en una sola familia, a todos los que participan de la razón.

Cumplir regularmente mis funciones naturales, no es eso bastante para hacer de mí una belleza y una felicidad verdaderamente humanas. El animal que come cuando tiene hambre y bebe cuando tiene sed no es un sabio. Como tampoco el hombre que instintivamente se instruye con la verdad o instintivamente ama a sus semejantes. Se necesita aún, para que pueda gozar de la armonía, que llene mis funciones naturales en vistas a esa misma armonía. La sabiduría es una belleza en el seno de una luz, una armonía que se conoce. Sólo el sabio es feliz. Vive con la alegría continua de saberse de acuerdo con-

sigo mismo, de acuerdo con el Universo, semejante a la Fuerza. Vive con la continua satisfacción de saber que su armonía es su propia obra.

¿Cuál es la primera función natural y la más esencial tendencia del ser vivo? Calístenes se engaña, al creer que está en el amor de la conquista y de la dominación. Se engaña Epicuro al creer en los indicios de la salud como si fueran la misma salud y afirma que el ser vivo busca el placer por el mismo placer.

No, estas tendencias no son primeras. Lo que es primero, es la necesidad de conservar mi ser, de proteger lo que soy. Por consiguiente, ¿qué es lo que soy? No soy un corazón o un cerebro, un vientre o unos miembros. Soy un conjunto. Es este conjunto el que defiendo contra las fuerzas hostiles. Mi primera tendencia es de proteger, pobre sin duda y poco consciente, pero susceptible de enriquecerse y de gozar intelectualmente de sí misma, una armonía.

La tendencia hacia mi bien, la tendencia a conservarme y a realizarme, se deforma en mí, si soy un insensato. Se vuelven las cuatro pasiones movimientos excesivos, fuera de la norma de belleza, y cuya fealdad gritona se esfuerza hacia los falsos bienes o huye cobardemente de los males aparentes. El insensato, según que esté actualmente privado del falso bien o que es esclavo de un falso goce actual, sufre la tristeza o el placer. Si la posesión del falso bien o su privación es considerada en el porvenir, el insensato sufre el deseo o el temor.

El sabio no es insensible. En lugar de las pasiones, agitaciones dementes y excesivas, conoce las afecciones, movimientos bellos y euítmicos. Nada en él que corresponda a la tristeza, puesto que el sabio posee siempre el bien verdadero, luz y fuerza, razón y buena voluntad. Pero en vez del placer y de sus pequeñas sacudidas, conoce la alegría, la alegría continua, semejante a una ascensión hacia la claridad. En lugar del temor enloquecedor, conoce la sonriente prudencia, que siempre vela sobre su tesoro interior. Enfin, el esfuerzo del sabio no exige nunca lo imposible o lo aleatorio; busca solamente lo que puede siempre realizar, la belleza misma del esfuerzo. Sea cual sea el resultado exterior del combate que representa la vida del sabio, la vida del sabio es una continua victoria. De modo que el sabio nunca desea, siempre quiere.

Como puede verse, lo que domina en el estoicismo es el sentimiento de la unidad del ser y de su armonía consigo mismo. Conocer la armonía que yo soy, realizarla de más en mas y, a medida que la perfecciono, tomar de ella una conciencia de más en más neta y de más en más amplia, ascender un poco en cada uno de mis conocimientos para accionar más alto, por cada una de mis acciones para ver más vasto, he ahí la esencia de la doctrina.

* * *

Los romanos dieron al estoicismo un carácter rígido, tenso y teatral. De todos modos, el estoicismo era menos propio para sufrir como el epicurismo la fealdad de la acción romana. Los epicúreos ro-

manos pueden ser apasionantes asuntos de estudio para el psicólogo y el etnólogo; ninguno es interesante éticamente. A pesar de la ausencia de una cierta gracia y la falta de sonrisa en el heroísmo, varios estoicos romanos son admirables obras maestras.

No es el caso de Séneca. ¿Pero en qué medida es Séneca un estoico? Es estoico todas las veces que a serlo se aplica; pero cesa de serlo desde que se olvida en aplicarse y se abandona a su naturaleza.

Ninguna naturaleza más incierta que la suya.

Alaba magníficamente al estoicismo. Lo elogia delicadamente por sus aspectos más humanos. «No existe secta más benevolente, más dulce, más amiga de los hombres, más ocupada del bien común: en ella no se proponen solamente el ser útiles a uno mismo, sino velar los intereses universales y los intereses de cada uno». Para el estoico «por doquier haya un hombre hay lugar para hacer una buena obra». Esta hermosa fórmula de *De vita beata*, el *beneficiis* entero apenas tiene otro objeto que el ampliarla y el iluminarla: «Nuestra felicidad consiste en hacer el bien, aunque sea penoso, si debe aliviar el dolor del prójimo; aunque sea pesado para nuestros recursos, si debe aliviar las necesidades y la necesidad del prójimo».

Cuando a ello se aplica, comprende al estoicismo en su esencia más sutil: «El propio vestido no es en sí un bien, sino la preferencia que se da al vestido propio. Pues el bien no está en las cosas, sino en la elección de las mismas. Son nuestras acciones las que son honestas, y no la materia de nuestras acciones».

Empero, a veces, parece un abogado del estoicismo más que un estoico. Orador en el foro o más bien actor en la escena, se tiende, se encoge, exclama a través de una máscara. ¿Que se vuelven la sonrisa y el natural griegos cuando este hispano-romano desafía a la fortuna y provoca al combate? El luchador está listo; reclama una circunstancia que le permita probar su fuerza y su virtud. No sabe, pues, armonizar las humildes materias y combatir los oscuros combates...

Contrariamente a la ortodoxia estoica—sólo existe una virtud que acciona siempre lo mismo y cuyos nombres varían solamente según la materia trabajada—, Séneca elogia ampliamente—todo lo ampliamente—los preceptos particulares y su rara eficacia. El consejo que da es siempre capital; el asunto que trata le aparece como el más importante de todos, el solo importante. Cuando alaba la amistad, la amistad se vuelve, verdaderamente, el bien soberano. La misma sabiduría, si debiera poseerla sola, la rechazaba. Estas declaraciones que un estoico verdadero encontraría dementes, atiborran la sexta carta a Lucilio. Naturalmente, tales exageraciones se pagan por prontas contradicciones. En la novena carta, Séneca declama orgullosamente, casi ferozmente: «El que está contento de sí mismo jamás está solo. El sabio se basta a sí mismo y no tiene necesidad de nadie».

Son estas faltas venales que posiblemente proceden de la manera del escritor más bien que del carácter del hombre. No dejan de dudar

sobre el mismo carácter, hacen temer una falta, sino de franqueza, al menos de profundidad y de solidez.

He aquí algo que es más grave. Séneca, en mil partes, condena a la esclavitud, se ríe de la nobleza, desprecia el dinero, bromea con la ostentación. Su ornamentada elocuencia, charlatana, se atarda de buena gana y se divierte en estos lugares comunes. Infelizmente, aun en estos puntos elementales, le ocurre el contradecirse. Desea bien que se esté en pro de los esclavos, pero este extraño individualista prohibe «el que se diga que él los llama para que rompan el yugo de la esclavitud o que se diga que desea derribar a los pudientes de la altura que ocupan». A menudo estoico con bellas generalidades, los casos particulares lo encuentran muy acomodaticio. Lucilius desea hacer con un hombre una experiencia peligrosa. Séneca, amable director de conciencia, le recomienda: «Expon al menos valioso de tus esclavos».

Se encuentra en el libro cuarto de *De Beneficiis*, una muy curiosa aceptación de la nobleza y de los privilegios de nacimiento. «Aún yo daría ciertas cosas, no lo niego, a hombres indignos, en consideración de otras personas. Así es como, en la búsqueda de las funciones públicas, su nobleza ha hecho preferir a gentes infames en lugar de hombres hábiles, pero nuevos... ¿Por qué la providencia dió el imperio del mundo a Calígula, este hombre tan ávido de sangre humana, que la hacía derramar ante sus ojos como si debiera beberla? ¿Crees acaso que es a él a quien ha dado el poder? Lo ha dado a su padre Germanicus...» ¡Vaya Providencia!

Sus elogios de la pobreza—un poco ridículos en un hombre cuya fortuna se elevaba a cuarenta millones de nuestra moneda, en un hombre que probablemente era avaro y que Dion Casius acusa sin que parezca equívoco de haber causado la guerra británica por su áspera exigencia al reclamar el reembolso íntegro e inmediato de sus capitales sin permitir a sus adeudados el pagar en varias veces—esos burlescos elogios tienen al menos el mérito de no ser constantes. «No debemos afectar ningún desprecio por el dinero, afirma la quinta carta a Lucilius. En todas las cosas, hay que conducirse con moderación».

Se podría llenar un pequeño volumen con rasgos tan asombrosos en un estoico. He aquí, por ejemplo, un elogio de los gastos de vanidad. Trescientos mil sestercios (cien mil francos) lanzados en un festín no constituyen, ante los ojos de Séneca, un gasto exagerado, si en lugar de ofrecerlos a la glotonería (a la jeta, *gulæ*) se los ofrece a la representación y a la ostentación (al honor dice, *honori*). Entonces afirma con solemnidad, «ya no se trata de desvergüenza, sino de solemne magnificencia». No es tampoco más severo para la ebriedad que para los grandes gastos. Afirma que «alguna vez se puede ir hasta la ebriedad, no para sumergirse en ella, sino para calmarse». Y si los hombres poco indulgentes reprochan a Catón su ebriedad, harán para Séneca «una honorable acusación que no deshonora a Catón».

El secreto de estas debilidades y de estas contradicciones, creo descubrirlo en el prefacio de las *Cuestiones naturales*. «Si no se estuviese

iniciado en las profundidades de la ciencia, declara Séneca, mejor sería no haber nacido. La virtud no es la felicidad por sí misma. Su papel y su mérito están en liberar al espíritu y prepararlo al conocimiento de las casas celestes». Declaraciones escandalosas para el estoico como para el cínico, para el cirenaico como para el epicúreo, para toda la línea socrática. Pero un pitagórico las aprobaría. Séneca me parece una inteligencia naturalmente pitagórica que las circunstancias obligan a hablar la lengua estoica y a jugar un papel de estoico. ¿Por qué consiente a semejante deformación? Porque el pitagorismo confesado arrastraba, en aquella época, al renunciamiento completo de toda influencia pública y de toda acción política. El estoicismo es, al contrario, en Roma, un partido permitiendo las ambiciones exteriores. ¿No se parece Séneca a un anarquista de hoy que, deseando volverse diputado o ministro, formaría parte del partido más alejado filosóficamente de la anarquía, del partido socialista?

La conducta de Séneca ha sido juzgada de diversas maneras. Se conoce la admiración sensiblera que por su virtud tenía Diderot. El fogoso Diderot me parece un mediocre psicólogo, y cuando se engaña sobre un carácter, no se engaña a medias. El sutil La Rochefoucauld había puesto en la cabecera de sus *Máximas* una cara con la máscara de la hipocresía y, debajo, el nombre de Séneca. Sin duda, Séneca se ha dejado arrastrar a muchas muecas y mentiras. Pero sin embargo no me parece el tipo del hipócrita. Sus palabras y sus gestos mienten en la misma medida que los gestos y las palabras de un político medio, tal vez en una medida menor. Séneca me parece el tipo del ambicioso: ha tenido todas las ambiciones, hasta la de ser filósofo y virtuoso. Está ávido de fortuna y de potencia; no lo está menos de gloria filosófica y literaria; se siente también ávido, cuando puede hacerlo, de belleza por los discursos del pitagórico Soción y, pienso también, arrastrado por una inclinación natural, se abstuvo algún tiempo de todo alimento animal. Escuchemos contarle a Lucilius la continuación de la aventura: «Mi espíritu me parecía más ágil y no me atrevería a decir hoy que no lo era. Me preguntas cómo terminé con el régimen. Cayó mi juventud bajo el gobierno de Tiberio. Se perseguían entonces algunos cultos extranjeros. Entre los indicios de estas supersticiones, se ponía a la abstinencia de algunas carnes. Por el ruego de mi padre, que no tenía ninguna hostilidad contra la filosofía pero temía delaciones, me volví a mis antiguas costumbres y él me persuadió sin dificultad de comer mucho mejor». Esta anécdota me parece significativa. Séneca ama la filosofía y también la práctica filosófica. Empero, si una u otra, pueden dificultar a su evolución «renuncia a ellas sin pena». Por todas partes se le encuentra lo mismo, ambicioso de todo lo que le parece bello y brillante. Hélo aquí amante de Julia por snobismo; hélo ahora amante de Agripina por ambición material. Exilado en Córcega, se desespera por estar lejos de la corte y, para obtener su retorno, desciende a las bajezas. Para conservar la gran situación por fin obtenida, multiplica las bajezas, las pali-

nodias y, si hay necesidad, las más odiosas complicidades. Hace proteger por su amigo Serenus los amores de Nerón con Acteo: da, si se ve obligado, consejos sobre el parricidio y escribe su apología. Incapaz de desagradar a los acaudalados, compone al mismo tiempo la brillante oración fúnebre de Claudio, que Nerón leerá en el Senado y un panfleto contra Claudio que, en el secreto, divertirá a Nerón y Agripina. Su ambición no retrocede ante la traición. Conspira contra el emperador y permite una conjuración en la conjuración; no ignora que varios de sus amigos también quieren la muerte de Nerón, matar a su jefe Pisón y hacer subir a Séneca al mismo trono. Cobarde en mil circunstancias, se mostrará valeroso, cuando el destino, cerrado en impase, no le permitirá otra ambición que la de una hermosa muerte (16).

* * *

Un romano es difícilmente un filósofo completo. Salvo para la nerviosidad del goce grosero, no sabe escaparse a la tentación de accionar. En el Imperio, los cobardes se refugian en ese epicurismo porcuno que sólo tiene de común con el epicurismo griego una parte del vocabulario. Los valientes son estoicos. Pero algunos comfprenden tan mal la doctrina que creen encontrar en ella motivos de valor para la acción política.

Epicuro prohibía al sabio ocuparse de política, al menos que se viese obligado. Zenón le demandaba no ocuparse nunca de política. Con una maliciosa sonrisa, el sutil fenicio escribía tal consejo, haciéndolo seguir con el consejo de que todo Estado está corrompido y es injusto, y que por lo tanto, se debe renunciar a los asuntos públicos. Sabía bien, el individualista, que todo Estado es necesariamente injusto y está corompido. De muy buena gana aún, distinguía entre la pequeña Ciudad en donde nos lanzó el azar del nacimiento y la gran ciudad, el Cosmos. Decía: «Sé útil al universo». Explicaba también que todo lo que puedo hacer en favor de la gran o de la pequeña República, es el darle un sabio perfecto. Todo esto era demasiado sutil y demasiado desinteresado, aun para los mejores espíritus romanos.

No se debe, además, condenar a todos los estoicos políticos tan severamente como a Séneca. Son algunos obras maestras de ostentación, admirables aun a pesar del esfuerzo visible y la voluntad de hacerse admirar. Se los encuentra particularmente en el grupo de Traseas. Se conoce la muerte heroica de su suegra Arria y el puñal, con el cual se ha herido, tendido, enteramente perfumado de ejemplo, a su titubeante marido con esta magnífica frase: «Poetus, no hace daño». Epicteto nos ha conservado con legítima admiración un diálogo de una rara hombría entre Helvidius Priscus, yerno de Traseas, y el emperador Vespasiano. El mismo Traseas fué el gran hombre honrado de la oposición. Son conocidas algunas de sus abstenciones heroicas y no se cansa uno al leer en Tácito su muerte de un sublime un poco teatral.

* * *

Un poco más tarde, Dion Pico de Oro buscaba, como un cínico, producir la edificación popular. Pero en lugar de proceder mediante bromas y humoradas, pronunciaba discursos de una noble ordenanza y una emocionante potencia verbal. Verdadero inventor de la predicación y primer misionero, corría de ciudad en ciudad y de burgo en burgo, apaciguando las querellas, calmando las violentas pasiones, aplicándose en el despertar de las conciencias.

Por mucho tiempo rector, había conquistado, ante los públicos letrados, con la gran reputación cuyo mote testimonia, una considerable fortuna. Convertido a la filosofía, distribuyó sus bienes a los pobres antes de osar predicar la virtud.

Perseguido, exilado, obligado a esconder lo que era, hacía para vivir las tareas más penosas en un campo romano de Gética. Al conocerse la noticia de la muerte de Domiciano y de la proclamación de su sucesor en Roma, la legión gética quiere, por vanidad y también por satisfacer algunos intereses más materiales, un emperador que sea su ídolo. Se apronta para marchar sobre la ciudad. Dion sube a un altozano clamando un verso de la *Odisea:*

«Por fin el sabio Ulises ha dejado sus harapos».

Se da a conocer, y alaba delante de los soldados alocados los beneficios de la paz. No puede cubrir el griterío a su voz potente, no hacen callar los golpes a su obstinada voz potente, no hacen callar los golpes a su obstinada voz. Los vestidos hechos trizas, con el rostro ensangrentado, listo visiblemente para el martirio absoluto, exclama: «Escuchadme. No encontraréis todos los días un hombre que os ofrezca libremente la verdad. Libremente, lealmente, sinceramente, sin doble intención, sin ambición, sin engaño, con el solo deseo de hacer el bien, con la firme intención de vencer para vuestra felicidad o para morir a causa de vuestros golpes» (17). Según la costumbre, las injurias pretenden negar su sinceridad; afirman que sólo habla con un interés personal. Pero él: «¿Por qué os mentiría yo? ¿Por dinero? ¿Por ostentación? ¿Por la gloria? He renunciado a la gloria y a los públicos escogidos para dar mi alma y mi palabra a los infelices. ¿Por el dinero? Muchas veces he rechazado el que se me ha ofrecido. Y, cuando he penetrado en la verdadera vida, fué distribuyendo a los pobres cuanto poseía. Si algo me quedara aún, yo os lo daría».

¡Exito probablemente único! El valor, la áspera paciencia, la obstinada perseverancia, la ardiente elocuencia hasta los golpes noblemente ritmada como los movimientos del alma, asombran a los soldados, producen la indecisión y luego la persuasión. «El profeta muy sincero de la naturaleza inmortal» (18) convierte para la paz a todo un ejército. Dion Pico de Oro tiene para él la gloria sincera de haber, sin autoridad exterior, por su sola palabra y su sola valentía, detenido a una guerra que se iniciaba (19).

* * *

Antes de Dion, el honesto Musonius, maestro de Epicteto, había ensayado un milagro parecido. Cerca de las murallas de Roma, había

querido explicar a los soldados de Vespasiano los beneficios de la paz y las criminales locuras de la guerra. Musonius tal vez valía lo que Dion por el carácter; pero no tenía su elocuencia y los asombrosos recursos de la palabra. Fracasó, como siempre se ha fracasado en esas tentativas desesperadas; debió renunciar a lo que Tácito llama «una sabiduría intempestiva». ¿Pensaba Epicteto en las dos aventuras emprendidas con idéntico corazón, pero con resultados tan diferentes cuando decía apoyando enérgicamente en el *Conócete a tí mismo:* «¿Cómo podrá saber cada uno de lo que es capaz? ¿Y cómo el toro, cuando el león, siente la fuerza de que está dotado y avanza para defender al rebaño?»

Epicteto habría querido vivir como Dion, contemporáneo que ama y que admira, como Sócrates y como Diógenes. Habría querido proclamar la verdad en los lugares en donde el pueblo se reune. Los ensayos de su juventud le enseñaron que no estaba dotado para este oficio, y se lanzó a la enseñanza de escuela. Pero este estoico se apena de no tener los dones que permiten la acción popular. El sabio de sus ensueños, activo y potente, lo llama a menudo: el cínico. «Es el padre del género humano». Y más adelante: «Sea apaleado como un asno y, cuando se le golpea, que ame, en calidad de hermano y de padre de todos los hombres, a los que lo golpean».

Este estoico por impotencia de ser cínico es sin embargo, para la posteridad, el estoico tipo. Los que de él se reclaman del pórtico lo llaman su maestro y lo citan más a menudo que a Crisipo o Zenón. Toda la moral estoica nos parece una repercusión de sus sentimientos y un eco de sus palabras. Es por él que se expone y que conviene, en efecto, exponer la gran doctrina ética del estoicismo, la doctrina de las cosas indiferentes. Doctrina que remonta a los orígenes de la secta y hemos encontrado ya nosotros una primera forma. Pero Epicteto la expresa con una fuerza nueva y de ella hace el centro del estoicismo futuro.

Toda cosa que de mí no depende, la llamo indiferente. Esta definición, es desde luego, un acto de voluntad; es una de las fuerzas que me sostendrán. Indica desde luego un fin a realizar; dice pronto una realidad subjetiva. Y ha dicho siempre, además, la verdad objetiva y que estas cosas no contribuyen en nada a la felicidad y a la armonía de mi ser.

Las cosas que de mí dependen son mis opiniones, mis deseos, mis inclinaciones, mis aversiones, en una palabra, todas mis acciones interiores. Las cosas que no dependen de mí, las cosas indiferentes, son el cuerpo, las riquezas, la reputación, las dignidades, en una palabra, lo que no se encuentra en el número de mis acciones interiores.

El estoicismo de Epicteto es, como puede verse, una filosofía socrática. En su base se encuentra el «Conócete a tí mismo». La sabiduría, esfuerzo para realizar todo el bien que depende de mí, indiferencia ante todo lo que de mí no depende, se apoya en una crítica de la voluntad. El sabio positivista, para dar toda su inteligencia a lo

que se conoce, se desinteresa por lo que se desconoce. El discípulo de Epicteto, para dar todo su esfuerzo con eficacia, se desinteresa por lo imposible. Epicteto hace esencialmente del estoicismo un positivismo de la voluntad (20).

* * *

Me hubiera agradado terminar aquí la historia de la filosofía individualista de la antigüedad y declarar, sin temor de contradicción, que Epicteto es el último gran nombre del estoicismo. Los ridículos caprichos de la gloria no permiten esta justicia. Marco Aurelio es, para los historiadores, un filósofo.

Este asombroso juicio sólo parece explicarse por la vanidad de las gentes que agarran una pluma: halagados por haber tenido un colega en el trono, se sentirían ofendidos, en su amor propio, si confesasen la mediocridad del imperial escritor. Por consiguiente, Marco Aurelio, que no tiene ni la sinceridad ardiente y profunda de Sócrates, de Diógenes, de Cleanto, de Dion, de Epicteto, ni el genio filosófico de Crisipo, ni el genio literario de Séneca, sólo interesa al verdadero filósofo como un caso. Plantea dolorosamente el problema político: ¿puede un filósofo consentir en gobernar? Enseña, ilota melancólicamente ebrio, que un emperador filósofo es un monstruo envidiable y que el gobernante devorará necesariamente al filósofo. Pero yo he estudiado en el tercer capítulo de las *Apariciones de Ahasvero,* la contradicción interna que ha destruído, pensamiento y carácter, al infeliz Marco Aurelio. Suplico que se me dispense el recomenzar de nuevo esta tarea. Este hombre dividido con él mismo, y que deja, no sin alguna cobardía de inteligencia y de voluntad, a las circunstancias transformarlo en ruina moral; este hombre que no conserva más nobleza que la más inerte de las penas y que resuelve en fin por el suicidio las dificultades a las cuales ha consentido, no es de los que me agrade mucho el frecuentar.

Después de él, el estoicismo se encuentra aún gratuitamente afirmado, si se puede decir así, por los jurisconsultos. Como entre dos batallas, Marco Aurelio ama en declarar que la guerra es, «desde el punto de vista de los principios», un bandidismo; los juriconsultos romanos, antes de establecer leyes positivas sobre el estatuto de los esclavos, se pagan de buena gana el pequeño lujo de afirmar en lo abstracto la absurdidad de la esclavitud y que todos los hombres tienen, por naturaleza, derechos iguales.

Pero si el individualismo tiene razón, que, desde los sofistas, opone la ley a la naturaleza, ¿qué confusión de ideas puede arrastrar a ciertos hombres al pronunciar los actos de fe individualista, al mismo tiempo que fabrican leyes y velan su ejecución? ¿Cómo no sienten que el sólo hecho de formular o de sostener lo que el desprecio de Epicteto llama «las leyes de los muertos» exila de todo individualismo, de toda inteligencia de la naturaleza, de todo respeto para lo que Sócrates llama «las leyes no escritas» y Epicteto «las leyes de los vivos»?...

NOTA FINAL

Conozco las lagunas e insuficiencias de este pequeño libro. Algunas corresponden a mi debilidad; otras a necesidades externas.

Voluntariamente, me he encerrado en el estrecho círculo, en el círculo luminoso, de la antigüedad clásica. Me he limitado al individualismo de los filósofos, omitiendo el de los poetas y también el individualismo religioso. He omitido hechos interesantes y nombres dignos de ser conocidos. He evitado, queriendo ser comprendido por todos, las exposiciones demasiado arduas. En las partes mismas que trataba, he consentido muchas desigualdades y caprichos. He suprimido todo lo que yo había dicho en otros libros, aunque hubiese sido bueno el decirlo aquí. Todos los pretextos me han servido para empobrecer una materia demasiado rica.

Tal como se presenta, este pequeño libro no será tal vez inútil a los ignorantes que conocen su ignorancia.

Me agradaría también que sirviese a los que, por haber leído historias de la filosofía, creen saber algo. La historia directa de los textos me ha mostrado que todo manual es un amontonamiento de errores. Gran alegría sería si inspirase a algunos una necesaria desconfianza hacia las obras de segunda mano; si diese a algunos la necesidad de ir a ver antes de afirmar o de negar... Es el raro éxito que deseo a mi buena fe y a la buena fe del lector.

HAN RYNER.

(Traducción directa de Vladimir Muñoz.)

ANEXO

1. — El original se titula *L'Individualisme dans l'antiquité* (N.d.T.)

2. — He intentado en el segundo capítulo de *Véritables entretiens de Socrate* (Las verdaderas pláticas de Sócrates), reconstituir la crítica cínica de definición.

3. — Esta concepción estaba, como se dice en el aire. En 1913, H.L. Follin, que seguramente ignoraba mis charlas en los medios populares, escribió todo un libro con este título *La Volonté d'Harmonie* (La voluntad de armonía). Expone en él un individualimo diferente al mío en donde lo económico, no es, como en mí, desdeñado. Louis Prat, que también ignoraba mi esfuerzo, ha publicado en 1923 un libro profundo y equilibrado, *La Religion de l'Harmonie* (La religión de la armonía), en donde su pensamiento colinda a menudo con el mío.

4. — Eugène Dupréel en *La Légende Socratique* (La leyenda socrática) ha mostrado que hay que exceptuar al menos a Hípias, genio enciclopédico y precursor de Aristóteles.

5. — Preocupado por el solo punto de vista ético, omito en Hípias, la potencia sintética y enciclopédica tan bien evidenciada por E. Dupréel, op. ci.

6. — «Demon» o la propia conciencia. (N.d.T.).

7. — Sobre la cuestión de las campañas de Sócrates, leer, en *La Leyenda Socrática*, la victoriosa crítica de E. Dupréel.

8. — En *Las Verdaderas Pláticas de Sócrates*, he intentado edificar vivaz, a un Sócrates verdadero.

9. — En *Las Verdaderas Pláticas de Sócrates*, he reconstituido, fielmente, el más importante de estos dos diálogos.

10. — En *Les Paraboles Cyniques* (Las parábolas cínicas) - (passim), soy más severo con Aristipo; las necesidades de la fábula me imponían el punto de vista cínico.

11. — Mis *Verdaderas Pláticas de Sócrates* están presentadas como traducidas por Antístenes. He ensayado, a lo largo del volumen, hacer hablar al primero de los cínicos su lenguaje osado y conservarle una actitud firme.

12. — Se encontrará una traducción de ellos en mi novela *Le Père Diogène* (Un nuevo Diógenes).

13. — He publicado dos obras de filosofía cínica más bien que sobre la filosofía cínica. El Psicodoro de los *Voyages de Psychodore* (Viajes de Psicodoro) y de las *Paráboras cínicas* no es un cínico ortodoxo. Representa uno de los pasos posibles desde el cinismo al estoicismo. Se encontrarán en *Le Père Diogène* detalles pintorescos sobre la vida cínica.

14. — A consultar sobre Cleanto de Asos la obrita de Han Ryner *Le Manœuvre* (El peón).—N.d.T.)

15. — He intentado expresar poéticamente esta doctrina en la última de mis parábolas cínicas.

16. — Sobre Séneca tal cual yo lo veo, sobre Séneca *el ambicioso*, se encontrarán algunas indicaciones suplementarias en el capítulo segundo de mis *Apparitions d'Ahasverus* (Apariciones de Ahasvero).

17. — No conocemos la improvisación de Dion ante los soldados. He reconstituído estos fragmentos probables al traducir (con muy ligeras modificaciones) dos pasajes sacados del primero y 32 discurso de Dion Crisóstomo.

18. — Traduzco palabra a palabra el título que se da varias veces Dion Crisóstomo.

19. — He publicado una obra sobre Dion Pico de Oro.

20. — He trazado piadosamente el retrato de Epicteto en *Les Chrétiens et les Philosophes*.

21. — En la «tabla de nombres citados» Han Ryner anota los nombres siguientes: Acteo, Agripina, Alcibiades, Alcidamas, Alejandro, Antístenes, Anitos, Aristipo, Aristófanes, Aristóteles, Arria, Augusto, Bossuet, Brunetière, Calígula, Calístenes, Catón, Cicerón, Claudio, Cleanto, Courier (Paul-Louis) Crates, Crisipo, Critias, Criton, Crobilo, Cyro el Joven, Chabrias, Chateaubriand, Daudet (León), Demócrito, Diderot, Diógenes de Sinopo, Diógenes Laercio, Dion Cassius, Dion Crisóstomo, Domiciano, Dupréel (Eugenio), Eforo, Epicteto, Epicuro, Esquino (El socrático), Evémero, Faguet (Emile), Fenelon, Follin (H.L.), Germanicus, Gorgias, Hegesias, Helvidius Priscus, Heráclito, Herodoto (el epicúreo), Hiparquia, Hípias, Horacio, Hugo (Víctor), Idomeneo (el epicúreo), Jenofonte, Kant, Lamartine, La Rochefoucauld, León de Salamina, Leucipo, Luciano, Lucilius, Lucrecio, Licofrón (el sofista), Lisias, Malebranche, Marco Aurelio, Melitos, Menipo, Menaecea, Musonius Rufus, Nerón, Nietzsche, Pablo (san), Peregrinus, Phidias (o Fidias), Pisón, Platón, Poetus, Polemón, Polícrates (el rector), Prat (Louis), Prodicus, Protágoras, Pytocles, Séneca, Sócrates, Sófocles, Spinoza, Stilpon, Tácito, Temistógenes de Siracusa, Teodoro el Ateo, Teofrasto, Traseas, Trasimaco (el sofista), Tucidido, Tiberio, Timón el Silógrafo, Vespasiano, Zeller, Zenón de Cittium y Zenón de Elea. Se omiten algunos nombres como Lais, etc., pero tanto los anotados como los omitidos; así como el significado de las escuelas filosóficas que no se han estudiado, lugares griegos que se citan y demás vocablos que podrían aparecer oscuros al lector o a la lectora no versados en el humanismo griego, podrán la mayoría consultarse en un buen diccionario enciclopédico, teniendo en cuenta siempre las alusiones «arquistas» que en él se emitan.—(N. d. T.).

TABLA DE MATERIAS

	Página
Pórtico	3
Nota preliminar	6
Introducción	7
Capítulo primero: LOS SOFISTAS	10
Capítulo segundo: ARISTIPO Y LOS CIRENAICOS	19
Capítulo tercero: EPICURO	21
Capítulo cuarto: LOS CINICOS	25
Capítulo quinto: LOS ESTOICOS	28
Nota final	42
Anexo	43

En el número próximo empezaremos la publicación de :

« *EL FASCISMO EN LA IDEOLOGIA*

DEL SIGLO XX »,

por el Profesor Carlos M. RAMA

ALGO SOBRE MITOLOGIA

«LA MITOLOGIA», ha dicho alguien, «no es más que una trama de mentiras»; pero mentiras que durante siglos han sido objeto de creencias. Entre los griegos y latinos estas mentiras han alcanzado categoría de dogmas y realidades. Basadas en ésto, han inspirado a los hombres, han sostenido instituciones importantes y encarnado en los artistas, en los poetas, en los literatos, en los músicos la idea de maravillosas obras de arte.

Sin la intención de hacer una exposición que abarque un tratado de la materia vamos a intentar detallar aquellas figuras de la mitología que con más frecuencia salen a relucir en la literatura y lenguaje corrientes, sin ocuparnos mucho de su inverosimilitud o de sus contradicciones.

La humanidad, en cuestiones de creencias, se deja guiar no por la razón, sino por el deseo, la necesidad de conocer la razón de ser de las cosas. Las doctrinas filosóficas no le satisfacen siempre, ya que existen mil detalles extraños ante sus ojos que le impiden abandonar el examen de sus causas. Consulta ala ciencia, pero si ésta es incapaz de satisfacerle porque lo que se le pide son explicaciones categóricas, recurre a sí misma y a su imaginación.

Se dice que en la infancia de los pueblos todas son creencias y artículos de fe. Pero en los pueblos civilizados aunque la ciencia ha arrancado a la naturaleza un gran número de misterios, la humanidad no puede alardear de que en realidad marcha en plena luz. Aun quedan infinidad de incógnitas que resisten a la labor de los más tenaces trabajadores.

En la antigüedad cuando los conocimientos metafísicos eran tan imperfectos, tan rudimentarios, se crearon divinidades para todo, ya que la vida de los pueblos se desarrollaba en el embrollo continuo del misterio. Esto explica el número fantástico de dioses que crearon, pues todo lo que a los ojos del pueblo no tenía una explicación inmediata, se le atribuía un origen divino, que para los primitivos la divinidad representaba todo lo que rebasaba el límite de la concepción humana.

De forma que Dios no es solamente el ser perfecto, bondadoso, caritativo y todopoderoso, sino que es también el ser extraordinariamente malo, perverso y destructor. Se atribuye carácter divino no sólo a los seres animados, mas también a las cosas. Es decir un alma divina encarnada en la diversidad de seres y cosas, así como en las virtudes y las pasiones más abstractas del hombre.

El estudio de la mitología creo nos lleva a la correcta interpretación del mundo primitivo, el cual se ha deslizado durante milenios, sobre un mundo de sombras misteriosas. No ver en la mitología más que supersticiones y aberraciones frustradas del espíritu, es juzgar la cuestión sobre las apariencias solamente, aunque claro está no se debe tampoco buscar la explicación de todos estos mitos en las observaciones del mundo físico. No cabe duda que en la larga relación de mitos y creencias, la imaginación ha jugado un papel importante, por lo que cada siglo, cada generación, cada pueblo, se ha deleitado agregando a la ya larga lista mitológica, nuevos dioses, nuevos héroes, nuevas proezas. La mitología ha tenido sus siglos de oro y ha dejado sus huellas bien marcadas en todas las expansiones del espíritu; la literatura, la música, la pintura, la escultura, etc., por lo que no nos sería posible comprender o interpretar infinidad de obras de arte, si no poseemos aunque sea elementalmente conocimientos de ella. Homero, Virgilio, Hesiodo y otros, cuyos libros están impregnados de personajes mitológicos, nos serían imposibles de interpretar si no nos molestamos en captar algo de este mundo donde la imaginación y la fantasía juntamente con la realidad forjaron el universo que más y mejor cuadraba con su libertad de expresión. El conocimiento de la mitología nos familiariza con las grandes obras de los Ticiano, los Boucher, los Rubens, los Tiepolo, los Turner; nos da facultades para que descubramos, apreciemos y juzguemos detalles en cuadros que, sin el conocimienot de ésta, nos dirían bastante poco si no es por la beleza de sus formas y la magia de su expresión. Lo mismo podemos podemos decir de la música, de la poesía, de la escultura. Todas estas artes para poder expresarse en todo lo que les hace rayar a veces en lo sublime han de salirse de la realidad, ya que ésta por muy hermosa, natural, maravillosa e inspiradora que sea tiene sus límites bien marcados, mientras que la imaginación carece de límites y medidas. Yo diría que el conocimiento de la mitología nos enseña a mejor sentir, ver, oir. Ahora he aquí los principios y orígenes de ese mundo maravilloso.

EL CAOS, es el mundo en su estado primitivo. Según los poetas era una materia indefinible en la que se confundían los principios de todos los seres. El Caos al mismo tiempo era una divinidad pudiéramos decir, rudimentaria, pero capaz de fecundar. Así engendró la Noche y más tarde el Erebo.

LA NOCHE. De hecho la Noche, diosa de las tinieblas, hija del Caos, es la divinidad más antigua; algunos poetas la creen hija del Cielo y de la Tierra. Se casó con el Erebo, su hermano, del cual dió a luz el Eter y el Día.

Pero sin el contacto de ninguna otra divinidad engendró al ineludible e inexorable Destino, a la Parca negra, a la Muerte, al Sueño, a la Miseria, a las Hespérides, guardianas de la manzana de oro, al Fraude, a la Vejez, a la Discordia, en una palabra, todo lo que de malo existe en la vida, pasaba por parto de la Noche. Su imperio ha sido situado en varios puntos de la tierra, pero generalmente se le coloca hacia la parte de España llamada Hesperia o comarca de la Tarde, cerca de las columnas de Hércules, que eran los límites del mundo conocido de los antiguos. Esta divinidad se hallaba representada en formas diferentes.

EL EREBO, hijo del Caos, hermano y esposo de la Noche, padre del Eter y del Día, fué metamorfoseado en río y precipitado a los Infiernos por haber socorrido a

los Titanes. A veces se le toma por parte del Infierno o por este mismo.

EROS y ANTEROS. Si el Caos, la Noche, el Erebo han podido unirse y procrear, ha sido por la intervención de una potencia divina, eterna como los elementos mismos del Caos, por la intervención manifiesta de un dios que sin ser el amor tiene con él alguna afinidad. Ese dios antiguo o anterior a toda la antigüedad, se llama Eros. Este es el dios que inspira o produce esta simpatía invisible y a veces inexplicable entre los seres para unirlos y que procreen. El poder de Eros traspasa los límites de la naturaleza viva y animada; éste une, mezcla, multiplica, varía las especies de animales, de vegetales, de minerales, de toda la creación en una palabra. Eros es en fin el dios de la armonía, de la afinidad universal; no hay sér que pueda evadir su influencia, este dios es invencible.

En el mundo de la divinidad tiene por adversario a Anteros, es decir la antipatía, la aversión. Esta divinidad contiene todos los atributos contrarios a los del dios Eros; ella desune, separa y dispersa. Puede ser tan fuerte y de tanta utilidad como aquella, pues puede impedir que naturalezas desiguales se unan y se confundan evitando de esta forma el que la Naturaleza vuelva a caer en el caos.

EL DESTINO, producto de la Noche y del Caos, es una divinidad ciega e inexorable. Todas las demás divinidades les están sometidas. Bajo su imperio se hallan el mar, la tierra, los infiernos; lo que él haya dictado nada puede cambiarlo. El más potente de los dioses, Júpiter, no puede inclinar el Destino en favor de los dioses ni de los hombres. Las leyes del Destino estaban escritas de siempre en un lugar invisible donde todos los dioses podían leerlas y consultarlas. Sus ministros son las tres Parcas encargadas de ejecutar sus órdenes. Al Destino se le representa con la bola del mundo a sus pies y en las manos la urna que encierra la suerte de todos los mortales.

LA TIERRA, que se le llama madre de todos los seres, nació poco después que el Caos. Se casó con Uranos y fué madre de los gigantes y de los dioses, de los bienes. de los males, de las virtudes y de los vicios. La vemos representada entre otras formas, por una figura de mujer sentada en una roca o sobre un globo coronada por torres con el cuerno de la abundancia repleto de frutos. Se le confunde muchas veces con la Naturaleza misma, y toma los nombres de Titea, Vesta o de Cibeles.

URANOS era hijo del Eter y del Día, algunos lo consideran hijo del Eter y de la Tierra. Se casó con Titea o la Tierra y dicen que tuvo cuarenta y cinco hijos de varias mujeres; pero de Titea tuvo dieciocho entre los cuales se contaban Titán, Saturno y Océanos. Estos se rebelaron contra su padre y le imposibilitaron para que no pudiera tener más hijos. Se dice murió de disgusto o de la mutilación de que fué víctima. La brutalidad y egoismo de Uranos se caracteriza por la aversión que sentía por los hijos, pues desde el momento de nacer los encerraba en una caverna y no les dejaba ver la luz del día. Este fué el motivo de la rebelión. Saturno que sucedió a su padre, dicen mostró la misma crueldad que él.

SATURNO, hijo menor de Uranos, después de haber destronado a su padre obtuvo de su hermano mayor Titán el derecho de reinar en su lugar. No obstante éste le impuesto la condición de que Saturno había de hacer perecer a toda su descendencia masculina a fin de que la sucesión al trono le estuviese reservada a los hijos de Titán. Saturno se casó con Rea de quien tuvo varios hijos a los que devoraba inmediatamente, tal y como había convenido con su hermano. No obstante Rea pudo salvar a Júpiter quien llegado a ser mayor, hizo la guerra a su padre, lo venció y después de haberlo tratado como Uranos había sido tratado por sus hijos, lo echó del cielo. Saturno tuvo tres hijos de Rea que ésta pudo salvar con la misma astucia: Júpiter, Neptuno y Plutón, y una hija, Juno, melliza de Júpiter que se casó con éste.

Saturno, destronado por su hijo Júpiter y reducido a la condición de simple mortal, fué a refugiarse a Italia y allí reunió a los hombres salvajes que moraban en las montañas y les dió leyes. Restableció la igualdad entre ellos; nadie guardaba nada propio, todas las cosas eran comunes como si no existiera más que una familia. En memoria de esta edad de oro se celebraban en Roma las fiestas llamadas Saturnales.

REA o CIBELES. Aunque padre de tres dioses principales, Júpiter, Neptuno y Plutón, a Saturno no se le ha dado el nombre de padre de los dioses, tal vez sea a causa de su crueldad para con sus hijos, mientras que a Rea, su esposa, se le llamaba madre de los dioses y se le ha honrado bajo este nombre. La madre de Júpiter se designa por varios nombres que expresan atributos diferentes de la misma persona. Pero no importa con qué nombre se designe a esta diosa siempre se refieren a la Tierra, madre común de todos los seres. Rea o Cibeles era hija de Titea y del Cielo, hermana de los Titanes y mujer de Saturno.

Los nombre de Rea y de Cibeles se hallan confundidos en las fábulas y los escritores y poetas confunden muchas veces a esas diosas con la antigua Vesta. Pero el nombre de Cibeles han tenido lugar preponderante en el culto y creencias de los pueblos.

Cibeles dicen era hija del Cielo y de la Tierra, mujer de Saturno, se le llamaba la Diosa Buena, la Madre de los dioses, por ser madre de Júpiter, de Juno, de Neptuno, de Plutón y de la mayor parte de los dioses de primer orden. Al nacer, su madre la abandonó en un bosque donde las bestias salvajes la ahijaron y la criaron. Llegó a enamorarse locamente del hermoso frigio Atis a quien le confió el cuidado de su culto a condición de que no violaría su voto de castidad; pero éste evadió el juramento y se casó con la ninfa Sangarida y Cibeles lo castigó haciendo perecer a su rival. Atis se apenó tanto que en un momento de desesperación el infortunado mancebo se automutiló, y ya a punto de colgarse, Cibeles en un arranque de compasión, lo convirtió en pino.

El culto de Cibeles llegó a ser muy célebre en el mundo antiguo y sus misterios, a veces tan licenciosos como los de Baco, se celebraban con ensordecedores ruidos de altavoces y cimbales así como con aullidos de la plebe que acompañaba a los sacrificadores. En sacrificio se le ofrecía una cerda, representando su fertilidad, un toro o una cabra. Los sacerdotes sacrifican sus víctimas sentados tocando la tierra con la mano. Le eran consagrados el boje y el pino,el primero porque de éste era la madera de que se hacían las flautas, y el segundo en memoria del desgraciado Atis a quien tanto había amado.

A Cibeles se le representaba con trazos y aspectos de una mujer robusta, con una corona de roble, árbol que alimentó a los primeros hombres. Las torres que coronan su cabeza indican las villas que están bajo su protección; y la llave que lleva en la mano los tesoros que encierra en tierra en invierno y que ofrece en verano. Viaja en un carro tirado por leones, éste representa el símbolo de la tierra que se balancea y rueda en el espacio; los leones indican que no hay animal feroz que no sea doblegado por la afección maternal, o mejor dicho que no hay tierra tan improductiva que la industria del hombre no la haga fecunda.

EL OLIMPO. Anterior a Júpiter las divinidades pertenecen a edades mitológicas muy antiguas, confundiéndose éstas con los orígenes del mundo. Sus leyendas van envueltas de una cierta confusión y muchas veces distan muy poco del verdadero caos. Desde Júpiter en adelante la personalidad de las divinidades se hace más mani-

fiesta, pues si aun a muchos dioses se les asignan atributos y funciones similares e incluso son la misma persona bajo nombres diferentes, sus rasgos se definen mucho mejor. Júpiter, hijo y sucesor de Saturno,, ordena y organiza las divinidades, divide el mundo entre sus familiares y la bóveda celeste, despejada unas veces, cubierta de densas nubes otras, se convertirá en palacio misterioso del padre de los dioses y de los hombres. He ahí el Olimpo.

JUPITER, dicen, era el padre y el rey de los dioses y de los hombres y con un simple movimiento de mano podía hacer temblar el universo. Era hijo de Rea y de Saturno quien devoraba a sus hijos a medida que iban viniendo al mundo. Cuando ya Vesta, Ceres, Plutón y Neptuno habían desaparecido, Rea, en un intento de salvar a su hijo, se refugió en Creta, donde dió a luz en un mismo parto a Júpiter y a Juno. Esta última fué devorada por Saturno; en cuanto a Júpiter, Rea, lo dió a criar a Adratea y a Ida, ninfas de Creta que les llamaban las Melisas. Para engañar a su marido, Rea hizo tragar a éste una piedra envuelta en pañales. Júpiter se nutrió con la leche de la cabra Amaltea y con la miel del Monte Ida de Creta. Al llegar a la adolescencia se asoció con la diosa Metis, o sea con la Prudencia quien le aconsejó dar un brevaje a Saturno cuyo efecto le hizo vomitar primero la piedra que Rea le había hecho tragar y después a todos los hijos que anteriormente había devorado.

Júpiter, con la ayuda de sus hermanos, se propuso destronar a su padre y expulsar a los Titanes que se oponían a su reinado. Así pues, les declaró la guerra al mismo tiempo que a Saturno. La Tierra le predijo la victoria si podía conseguir liberar a los Titanes que su padre tenía encerrados en el Tártaro y sumarlos a su causa, lo que consiguió después de matar al carcelero Campeo que estaba encargado de la guardia de los Titanes en el Infierno.

En esta lucha los cíclopes dieron a Júpiter la tormenta, el relámpago y el rayo, a Plutón un casco y a Neptuno un tridente. Con estas armas los tres hermanos vencieron y destronaron a Saturno y lo arrojaron de la sociedad de los dioses después de haberle hecho padecer horribles tormentos. Fué a raiz de esta victoria cuando los tres hermanos se repartieron el mundo: a Júpiter le tocó el cielo, a Neptuno el mar y a Plutón los infiernos.

El Olimpo lo pueblan como veremos infinidad de dioses y diosas que se desenvuelven en una atmósfera de intrigas, celos, luchas y cabildeos en nada desigual a la vida de la familia de los mortales cuya imaginación les dió existencia.

Juno, hija de Saturno, hermana melliza de Júpiter y esposa de éste al mismo tiempo. Celosa e intrigante, más de una vez llevó a Júpiter a apalearla y hasta colgarla entre el cielo y la tierra. Vulcano debe su cojera a un puntapié que le propinó Júpiter, precipitándole del cielo, cuando aquel quiso socorrer a su madre al verla en aquella posición. Minerva, llamada también Palas, hija de Júpiter, diosa de la guerra, de la sabiduría, de las ciencias y de las artes. Esta diosa vino al mundo, dicen, después que Júpiter, habiendo devorado a la Prudencia, sintió un fuerte dolor de cabeza y no sabiendo qué hacer para calmarlo llamó a Vulcano para que con un hacha le abriese la cabeza, de donde salió Minerva fuertemente armada ya, por lo que inmediatamente se alistó a combatir contra los gigantes que a la sazón se hallaban en guerra contra su padre. Esta fué siempre la hija predilecta de Júpiter. Vesta, la diosa del fuego, cuyo culto es uno de los más antiguos que se conocen. Apolo o Febo, hijo de Júpiter y de Latona, una de sus numerosas concubinas, nació en Delos, isla flotante que a partir de aquel momento se hace inmóvil por voluntad del joven dios. Por querellas sobre venganzas fué arrojado del Olimpo y deambuló por la tierra guardando ganado, cantando, tocando la lira y haciendo el amor y sufriendo de éste en lo más profundo de su alma. Por fin Júpiter le restituyó todos los derechos de la divinidad, encargándole verter la luz sobre todo el universo montado en el carro del sol. Diana, hermana melliza de Apolo, nació unos instantes antes que su hermano y al ser testigo de los dolores maternales de Latona, su madre, tomó tal aversión al matrimonio que pidió a Júpiter le concediera la gracia de la virginidad perpetua como a su hermana Minerva. Por esta razón estas dos diosas recibieron el nombre de Vírgenes Blancas. Ceres, hija de Saturno y de Cibeles que dió a los hombres el arte de cultivar la tierra, de sembrar, etc., lo que le dió el nombre de diosa de la agricultura. Vulcano, hijo de Júpiter y de Juno erael más feo y diforme de todos los dioses, tanto fué así que su madre avergonzada de tal hijo lo arrojó al mar para que quedara allí eternamente sepultado en el abismo. Este dios tan feo, tan horrible, es el más laborioso de los habitantes del Olimpo. El fabricaba todas las joyas para las diosas y con la ayuda de los cíclopes forjaba las armas para todos los dioses. Mercurio era el mensajero de los dioses particularmente de su padre, Júpiter, a quien servía con celo incansable y sin escrúpulo hasta en los asuntos más deshonestos. Se ocupaba de la paz y de la guerra, de las querellas y amores de los dioses en el Olimpo así como de los intereses generales del mundo. Marte, dios de la guerra, era hijo de Júpiter y de Juno. Algunos poetas le dan otro origen. Dicen que Juno, celosa de que Júpiter había traído al mundo a Minerva sin la intervención de ella, quiso concebir y engendrar. Para esto la diosa Flora le indicó una flor cuyo contacto con ella producía ese efecto maravilloso. Gracias a esta flor dió a luz a Marte. Venus es una de las divinidades más célebres de la antigüedad. El origen de esta diosa es bastante discutido y son infinidad de versiones las que se han dado. Pero sea cual sea la versión que de su origen se haya dado, todas ellas coinciden en que Venus es la diosa celeste y marina a la vez, diosa de la belleza y de los placeres, madre del Amor, de las Gracias, de los Juegos, etc. Júpiter la dió por esposa a Vulcano; su galanteo descarado con Marte fué la risa de los dioses. Sintió un amor apasionado por Adonis, fué la madre de Cupido o el Amor, del piadoso Eneas y de un gran número de mortales, ya que sus contactos con habitantes del cielo, de la tierra y del mar fueron infinitos. Del Olimpo forman parte también Cupido, las Gracias, las Horas y muchos más que unidos a los dioses del subolimpo, del mar, de las aguas, de los campos, de los bosques, de la patria, de la familia, así como a las leyendas que sobre todos ellos dieron origen en las diferentes partes del mundo, forman el conjunto de la mitología.

La leyenda primitiva sobre mitología, con sus dioses crueles, bárbaros, llenos de odio y de pasión, no cabe duda, refleja la crueldad y barbarismo del pueblo que los inventó. Pues es de creer que este pueblo primitivo formó a sus dioses a imagen y semejanza suya y por tanto nada más natural y lógico que el que sean bárbaros y crúeles. Por este motivo a medida que este pueblo evoluciona trata por todos los medios traer a sus dioses al nivel de civilización alcanzado, considerando esta acción como la lucha tenaz de la razón humana contra la inclemencia del universo, del hombre contra Dios. Con la secularización de los dioses destruye la pesadilla del pecado y del castigo que duerme en su inconsciente y apela a la razón que determina para los dioses y para los hombre lo bueno y lo malo, lo que es justo y lo que es injusto. Libre de los dogmas que encarnan las religiones modernas, se halla en libertad para purificar y racionalizar a sus dioses y decirles que los mismos principios de justicia, de derechos y de humanidad deben

escritores griegos, Esquilo, Sófacles, Euripides, Aristófanes y otros muchos en sus inmortales tragedias han dejado patentizado lo que decimos anteriormente. Este pueblo, en una palabra, civilizó a sus dioses al mismo tiempo que se civilizó a sí mismo y cuando el mundo que le rodeaba dejó de ser un misterio para él, sus dioses languidecieron y murieron.

El dios de las religiones existentes, particularmente el dios de esta parte del mundo llamado cristiano, es un dios que sentó bases hace dos mil años, un dios «sábelotodo» que no admite intromisión de nadie ni discusión de ninguna clase sobre el maremagnun de reglas absurdas por él establecidas. Su actitud para con los humanos es de iniquidad espantosa, peor que la de cualquier mortal dictador para con sus conciudadanos, pues con el odio más desenfrenado, amenaza a todos aquellos que hacen caso omiso a las ceremonias de su dogma disparatado y brutal a sufrir horrendos castigos eternos, como aplicarse a los dioses, al universo y a los hombres. Los

si no existieran la ciencia, la razón ni los principios más elementales de la ética. Este dios no progresa con el tiempo como hicieron los dioses de la antigüedad ni modifica sus falsas leyes ni su bárbara ética; este dios se cree la razón absoluta y ésta no admite impugnación. De forma que su muerte la producirá el vacío que le creará su terquedad supina y sus horrendas abominaciones contra la evolución y el progreso. Infinidad de seres conscientes han roto con él, abandonando esas ñoñas creencias, aunque éstas luchan desesperadamente para que no se les abandone. Entre estos que dejan este mundo de tinieblas se encuentran no sólo ateos, agnósticos, etc., sino muchos que aún se consideran cristianos, pues es más que imposible poder comulgar con ruedas de molino.

Así su muerte será su intransigencia, ya que éticamente los dioses han sido moldeados siempre a imagen y semejanza de los hombres y no los hombres a imagen y semejanza de los dioses.

J. RUIZ

CARAS Y CALLES

LA HORA DEL MERCADO

EL trajín inicial de la plaza comienza muy temprano. Aproximadamente cuando en el turbio horizonte del invierno—«las piquetas de los gallos cavan buscando la aurora»—como canta el inmortal poeta en su Romancero Gitano, a propósito de Soledad Montolla

Las calles, angostas, humedas, largas, sucias y sombrías se desperezan lánguidamente al chirriar de los primeros carros, al chasquido de los látigos y al grito agudo de los carreros.

Las calles tienen espesas legañas de la noche, que se quitan, aunque a duras penas, con el sol de la febril actividad común; el espíritu tiene las legañas de los siglos que no se quitan nunca, que parece que son eternas, pétreas, inconmovibles, como las pirámides de Egipto; esas pirámides a cuya sombra imponente echóse la siesta el pueblo de Israel y aún no se ha despertado. (Excepción hecha de las colectividades punteras de la Palestina moderna, que dan jaque y mate a los ensayos sociales y a las aspiraciones de libertad que se han hecho dentro del viejo molde del Estado, ya marxista, ya democrático.) El magnífico esfuerzo colectivista y libertario del pueblo israelita, es, sin duda, primo hermano del que realizaron en España, con lisonjeros frutos, los campesinos y los obreros revolucionarios ansiosos de manumisión.

A las ocho de la mañana la actividad mercantil es intensa. Un río humano de colores, y parsimonioso, coronado por ensordecedor griterío, invade, en principio, las callejuelas vecinas que nacen en la rue de la Révolution, para desembocar, después, procelosamente, en la rue de Austherlipt, dicha «la Calle de los Judíos».

Un mosaico de razas unidas circunstancialmente por el deseo, nada impoluto, de comprar y de vender, vive, se agita allí, casi ajeno a cuantos sucesos trascendentales puedan producirse en su derredor.

Etnica y laboriosamente es una verdadera «torre de Babel», donde en las transacciones comerciales se emplean los más pintorescos y confusos lenguajes: el castellano descastado; el francés retorcido; el árabe impuro; el hebreo mestizo, seguidos de cerca por los dialectos «jaico», «marroquí» y «kabilie».

Los amantes de la lingüística y la etimología, los que se consagran, con plausible vocación, al estudio multiforme de los fenómenos sociales e históricos de los pueblos, por medio del idioma, pueden hacer aquí una buena cosecha. En este armonioso «caos» dialéctico y psicológico ha vivido fecundamente la población oranesa euroafricanajudea, desde hace un puñado de siglos, y muy particularmente en

los últimos 150 años marcados con el tampón de la influencia gala.

Centenares de tiendas, comercios, cafés y carnicerías se alinean a lo largo de las aceras, invadidas, también, por un enjambre de mesas, palos y puestos, la mar de rudimentarios, que llegan a taponar, completamente, el paso de los compradores. Esos son los puestos estáticos que pagan, como la ley quiere y manda, su impuesto municipal correspondiente. Luego están los otros, los volantes, los huidizos que, escapando al fisco, corren con sus azarosas mercancías en el cogote, cuando ven avanzar por encima de la muchedumbre las azules y temibles cazuelas de los gendarmes.

Este mercado no goza fama de limpio, de higiénico, en cosas tan esenciales para la salud pública como es la alimentación; sin embargo, es el mercado más concurrido de toda la ciudad. Es porque los precios se muestran asequibles a los flacos portamonedas de las clases populares. El instinto comercial de la comunidad judía tiene aquí su más incuestionable confirmación. Y se vende de todo y a todo precio. Desde el roñoso amuleto que ofrece quimérica ventura, al barbudo creyente de Israel, hasta el más moderno y lujoso «trouseau» de novia europea.

Las puertas de las carnicerías (insólitamente numerosas), son verdaderas exposiciones de sangre que, visto su éxito, deben de placer, sobremanera, al gusto psíquico de la gente. Allí están las reses descuartizadas, con las entrañas al aire, y unos chorritos de sangre que bajan por los lomos, las canales o las cabezas con ojos de vidrio, para ir a mezclarse, sin pena ni gloria, con los primorosos tapices de Tlencen, los áureos dátiles de Bechar, las naranjas de Perregaux, y esos lindos pañuelos de seda que van a adornar más tarde la cabeza de las jóvenes judías, esas jóvenes de ojos enormes y mejillas de cartulina.

En una acera estrecha, reservada por la costumbre, se alinean pintorescamente encorvados diez o doce ancianos israelitas, con los ojos cosidos, las barbas de estopa, la nariz ganchuda, los brazos largos, huesudos, simiescos, y en torno a ellos una lamentable atmósfera de misticismo y superstición, que viene de muy lejos, quizás desde el día milenario en que Israel les hiciera su famosa promesa bíblica. Por su mansa y resignada actitud estas gentes esperan que «la tierra prometida venga a ellos» y no viceversa; que venga a ellos aunque sea envuelta en el negro sudario de la muerte. Estos muertos de hambre y de fe, son, sin embargo, el alma tradicional de un pueblo singularmente expandido, que en unos sitios aspira a alcanzar las más altas cimas del progreso, el socialismo y la libertad, y en otros vive encogido en sus más retrógradas tradiciones místicas.

Conrado LIZCANO

*

En todas partes los más astutos han hecho las leyes y con ellas han abrumado a las gentes de trabajo.—TURGOT.

*

El gobierno, sea el que fuere, es una reunión de hombres que se han agrupado, movidos por una ambición común, para oprimir a otros hombres más débiles y más torpes. Hay que llamar las cosas por su nombre. Por lo tanto, tan nocivo es a la colectividad humana un gobierno despótico como otro constitucional; posiblemente lo es éste más que aquél, puesto que los hombres que algunas veces se sublevan indignados por los excesos de un tirano, padecen con mayor resignación las tropelías que comete todo gobierno democrático.—SCHAEFFER.

*

El espíritu universal de las leyes de todos los países es favorecer siempre al fuerte contra el débil y al que posee riquezas contra el que no tiene nada.—ROUSSEAU.

*

Debe darse indistintamente el nombre de tiranía, a toda especie de gobierno u organización en el cual aquel que está encargado de la ejecución de las leyes puede hacerlas, suspenderlas, destruirlas, violarlas, interpretarlas, impedirlas, o simplemente, eludirlas, bien seguro de su impunidad. Sea éste violador de las leyes hereditarias, usurpador o legítimo, bueno o malo, uno o muchos, cualquiera en fin, con fuerza capaz de darle ese poder, es tirano, gimiendo bajo la tiranía toda sociedad que lo admite y todo pueblo que lo sufre es esclavo.—ALFIERI.

*

El individuo es tanto más perfecto cuanto más se emancipa del Estado. Sus diversos órganos y, por consiguiente, todas sus capacidades, ganan en energía interior y en belleza exterior. Tanto por el conjunto como por todas las partes distintas de su organismo, se eleva a un grado de desarrollo más completo. La anarquía templa los órganos, aguza los sentidos, aumenta la fuerza del espíritu. Luchando solo, a la vez, contra los elementos y contra todos los enemigos conjurados en contra suya, el individuo ejercita en la anarquía sus órganos y sus capacidades, llegando por esta lucha a la independencia y a la espontaneidad para él tan necesarias.—CARLOS VOGT.

*

La mayor parte de los gastos del establecimiento social está destinada a defender a los ricos contra los pobres.—SISMONDI.

*

El socialismo es una forma de tiranía que se diferencia bien poco de las que ya conocemos. Amenaza y anula, además, las iniciativas individuales, y si esto es un beneficio para ciertos organismos inferiores, es deprimente para los hombres. Aun cuando se suprima la propiedad individual y sean para el minero las minas y para el obrero las fábricas, el Estado se reservará el derecho de obligar a trabajar a todos los hombres. ¿Podrá ese derecho realizarse por la persuasión? No. Así es que se impondrá por la fuerza y de ahí que resulte una nueva forma de tiranía.—BAKUNIN.

Realistas e Idealistas

DONDE ESTA LA SOLIDEZ CIENTIFICA?

NUESTRA procedencia inicial, pese a bíblicos profetas, nadie puede situarla, científicamente, ni en el espacio ni en el tiempo. Nuestras finalidades, incluso aquellas de mayor trascendencia, no dejan de ser ensayos reducidos ante el infinito, y por infinito irreductible. Ninguna fuerza humana, es decir, consciente, es capaz de regular completamente la evolución de la vida. Ninguna ley escrita se eternizó, todas con el tiempo vuélvense caducas. El principio determinista mismo, reducido a la escala humana, sólo se revela exacto en aspectos parciales, limitados y siempre a posteriori. Aquello, que fué concretado, determinó esto que es concreto, ¿pero y aquello, qué o quién lo determinó? ¿Y estamos seguros de lo que este concreto determinará dentro de tres lustros?

De ahí que si exceptuamos aquellos conocimientos sin arraigo vital ni consciente, cuya pureza cífrase en abstracciones y sin más alcance que el de mera mecánica, y la prueba que no tienen ese arraigo es que pueden ser manejados por las máquinas; los otros conocimientos, los que anidan en la conciencia del hombre, jamás fueron una serie de adquisiciones sucesivas que han ido yuxtaponiéndose unas tras otras, lógica y ordenadamente, siguiendo un curso geométrico o un orden matemático. Si eso fuera así, cabría dar por buena la teoría fatalista, por dictado de antemano nuestro destino y por estériles todos nuestros esfuerzos volitivos. Si eso fuese posible cabría adoptar, frente a la vida, un escepticismo absoluto. Pero aunque existiese una serie de leyes cosmológicas capaces de determinar nuestro destino, leyes superiores a nuestro poder determinativo, de ellas no somos conscientes. Y mal se puede uno adaptar a lo que no conoce, o combatir aquello de lo que ni siquiera tiene conciencia. Porque es de creer que ante una sentencia de tal naturaleza, de la que el hombre fuera consciente, las mismas fuerzas de la vida se rebelarían contra la misma conciencia.

De momento, dejando de lado los supuestos, lo que es cierto es que el descubrimiento de una verdad nueva casi siempre significa la anulación, o por lo menos la neutralización de otras ya viejas. En efecto, las verdades que engendra el hombre son de su misma extirpe y contextura; verdades engendradas—no creadas—que nacen, crecen y mueren pese a que muchos se esfuercen en eternizarlas, a impedir su eclosión y poner trabas a su desarrollo.

Y pues que nadie, en ningún aspecto, dijo la última palabra, y aún menos encontraríamos alguien capaz de descifrar nuestros iniciales balbuceos, se nos antoja un crimen negar los instrumentos de búsqueda, los materiales de análisis y los medios de expresión a quienquiera que sea. Que se nos pretexte, para justificar esas negativas, experiencias pasadas; que se nos exijan esos sacrificios en aras de un futuro; que se nos impongan tales mutilaciones por imperativos presentes, lo mismo da. El crimen queda en pie; un crimen contra la conciencia humana que toda la ciencia no logra atenuar.

EL DERECHO AL ERROR

Si para versar sobre un tema cualquiera—y sobre este tema más que sobre otro cualquiera—se exigiese un conocimiento absoluto del mismo, ahora mismo me vería obligado a quemar esas cuartillas. Y si sólo fueran las mías. ¡Qué pocas iban a salvarse de la quema! Porque un conocimiento absoluto no es lo mismo que esos títulos y diplomas que se exige en ciertas profesiones para poder practicarlas, no con sumo acierto pero sí con cierta impunidad. El médico, pese a sus títulos y hasta acertados diagnósticos, puede sufrir un error práctico que dé por resultado la muerte del paciente. Pues bien, si de verdad ese error sufrido lo *sufre* el médico en su conciencia, ese error será la garantía de sus futuros aciertos. Sin querer justificar sistemáticamente aquel aforismo: «No hay mal que por bien no venga»—sobre el que Leibniz levantara su sistema filoso-optimista, dando pie a Voltaire para que éste volcara su inmensa ironía en la persona del famoso Dr. Pangloss—es indiscutible que muchas veces son nuestras derrotas sufridas las que nos dan la clave y señalan los derroteros de nuestros triunfos inequívocos. ¿Cómo concebir a un Tolstoi sobre las cimas morales sin haber sufrido en su propia carne los estragos del vicio? E inversamente, sin jugar con las palabras, bien podríamos afirmar que del gozo de nuestros triunfos equívocos nacen la mayoría de nuestros trágicos fracasos. Así lo confiesa también ese hombre excepcional que fué Oscar Wilde meditando sobre el favor de la fama en una lóbrega celda de la cárcel de Reading.

Respetar ese derecho al error es el deber máximo de todos y el derecho mínimo de cada uno. Al único error que no tenemos derecho es al de hacer sufrir a los demás ni siquiera nuestras verdades. Hay una especie de sadismo al intentar persuadir a un ciego de la hermosura de un paisaje. aun cuando éste sea de veras sublime. Que cada uno sufra con sus ojos, en su carne sus propios errores. Sólo así el dolor deja de ser un martirio estéril. Pero sobre todo guardémonos de imponer a los demás aquellas verdades que nos son ajenas, en las que ya no creemos; que nos inculcaron en nombre de un escolasticismo cualquiera y que seguimos defendiendo tibiamente por temor a la herejía. Dar a la farsa visos de realidad es la suprema aberración a la que el hombre puede llegar.

LA INDISCIPLINA DEL DISCIPULO

De poder efectuar un balance íntimo de los conocimientos adquiridos en el curso de mi existencia seguramente que me encontraría con un total positivo menguadísimo. Sobre todo hechas las deducciones de rigor; es decir, de todo aquello que en la infancia y mocedad di por sabido y más tarde he debido olvidar. ¿Y quién podría asegurar que la época de ese saber intermitente y fluctuante ha concluído? Pero yo no soy de los que dicen «sólo sé que no sé nada». Mas, me parece que quien esto repite, sobre todo si tras la frase no disimula el huevo huero de la falsa pedantería, demuestra ser un hombre de un saber extraordinario. Yo no conozco los límites de mi ignorancia. Y quizá por eso me resulta difícil situar los límites de mi saber. De lo que sí soy consciente es de mis deseos por saber.

La memoria, en rigor, puede equipararse a un archivo. Pero ni ese archivo está siempre ordenado, ni puede ser un compendio exacto de nuestros conocimientos. Menos aún puede darnos la medida de nuestra inteligencia. Además, ese archivo nutrido a base de conocimientos teóricos o de conceptos filosóficos, ante ciertos problemas vitales no nos es de ningún socorro. Me refiero a esos problemas en los que el hombre no es mero espectador sino principal autor; es decir, un factor activo del problema que se propone resolver. Es, lo que suele decirse, juez y parte. Y la verdad, raramente he conocido magistrado cuya probidad vaya hasta el extremo de juzgarse a sí mismo con la misma rigidez con que suele juzgar al delincuente extraño; esto es, con el código en vigor, sin echar mano a sutiles procesos dialécticos con el fin de crearse atenuantes. Con un poco de imaginación, vis a vis de los demás, pocos hombres hay que no sean capaces de inocentarse. Depende de su contextura moral. Porque también los hay que esa misma dosis de imaginación les basta y sobra para que ante su conciencia se sientan condenables. Pero dejemos la digresión de lado; son tantos los imponderables que rigen la condición humana sobre ese particular, que lo mejor será recomendar los textos de Dostoiewski.

Si la memoria no es la medida de la inteligencia, aunque la inteligencia activa, laboriosa, puesta a prueba sea la que da cierta consistencia y extensión a la memoria; tampoco la ciencia, ese cúmulo de memorias y experiencias, puede ser considerada como medida intelectiva capaz de medir nuestras facultades intelectuales en desarrollo continuo. No obstante, no negaremos a esa ciencia una cosa: que sea un punto de partida para alcanzar regiones hasta ahora ininteligibles.

Nada más absurdo que uno de esos paters pateando, en nombre de su sacra ortodoxia, ante el menor asomo de la herejía. Que estudien la vida, en el marco histórico, de sus autores predilectos y verán que esos venerados maestros también fueron consumados, y aun consumidos herejes en su día.

Y esos otros dómines filosóficos que, sistemáticamente, desde lo alto de su cátedra arremeten furiosos contra todo atisbo irreverente susceptible de zaherir sus desvelos escolásticos, ¿creéis acaso que son menos absurdos? Ninguno de los maestros de su devoción alcanzaron su maestría en las aulas; la alcanzaron en tanto que esforzados autodidactas, fuera de la universidad en que se doctoraron, y en múltiples casos rebelándose contra ella inclusive. Siempre fueron sus secuaces, la mansa feligresía los que transformaron sus ideas en dogmática doctrina. Y sin embargo, esa fidelidad es más aparente que otra cosa. En el caso de un Darwin, de un Marx, de un mismo Cristo, ¿quién desvirtuó sus doctrinas si no fueron los acérrimos darwinistas, marxistas y cristianos? Al fin y al cabo, bien pudiera ser que sus más fieles discípulos fueran aquellos que honradamente discutieran sus doctrinas.

Desde las cátedras debe sembrarse ciencia en la conciencia, en los surcos intelectuales de los discípulos. Lo bochornoso es que ciertos profesores tomen esas cabezas adolescentes o infantiles como simples envases. Igual podríamos decir de los alumnos un tanto granados ya, de esos que se contentan con ser recipientes, y que una vez colmados doctorados, sólo piensan en hacerse cotizar sus títulos.

Es cierto que nadie puede enseñar lo que no sabe. Pero tampoco es menos cierto que nadie, que de algo se precie, puede contentarse con lo que sabe porque se lo enseñaron. Los hombres excepcionales son los que hasta su postrer suspiro se muestran inquietos discípulos, en búsqueda permanente, en esa escuela sin cátedras que para nosotros es la vida.

¿PUEDE JUESTIFICARSE EL ECLECTICISMO?

Muchas veces se ha presentado al autodidacta como un ser rebelde, indisciplinado, incapaz de seguir una metodología eficiente. Asimismo, también al ecléctico se le ha querido identificar con esos hombres débiles, de carácter inconsistente, caprichosos, incapaces de plegarse a lo que no sean sus propios gustos. Para que esos términos, no siempre verídicos, fueran realmente peyorativos haría falta demostrarnos que la disciplina, la sumisión, la terquedad, el fanatismo son y han sido siempre las supremas virtudes.

Por mi parte no creo que la disciplina sea una virtud y menos suprema. Pero si así fuera, creo que, en buena lógica, todo hombre debiera empezar por obedecerse. Antes que someterse a lo ajeno es preferible ser fanático de lo propio. Pues si crimen es la inconsecuencia, como resultante de nuestras debilidades, superior es el crimen consecutivo a nuestra maciza ignorancia. El delincuente que concibe su delito lo sufre, y porque lo sufre es susceptible de enmienda. El delincuente inconsciente de su delito no puede sufrirlo por mucho que códigos y jueces lo penalicen. Podrá sufrir el castigo pero no el delito. Y ese penado siempre será, valga la paradoja, impenitente delincuente.

La filosofía, como toda ciencia, quizá en mayor grado que otras ciencias, tiende a la generalización. Y sin embargo es quizá la menos indicada. En efecto, al filósofo, como quiera que bracea ideas y esas ideas son tanto más maleables cuanto mayor sea su trascendencia, cuéstale poco sistematizar. Pero de ahí a pretender regir sistemáticamente la vida de los hombres, media, esto es, la naturaleza físico-química, psicológica, concreta de esos mismos hombres. Por eso Kierkegaard, refiriéndose al más sistemático de los filósofos, Hégel, podrá decir con sumo acierto: «Este se ocupó de todos los hombres, pero se olvidó del hombre que era él».

No sólo los hombres difieren unos de otros. Cada hombre, sin perder su específica personalidad, pasa por trances diferentes, antagónicos, aparentemente desconcertantes para quienes tienen un concepto rígido de la sutil lógica vital.

Hay en nuestra existencia momentos tan pésimos que, aunque no más sea por breves instantes, harto difícil nos iba a ser rechazar las conclusiones de Schopenhauer. Y cuando esos momentos de álgido pesimismo van haciéndose históricos, y nuestra vida vuelve por cauces de plácida serenidad, no hay duda que en una introspectiva sincera apreciare-

mos en toda su justeza las teorías optimismas, ese determinismo lúcido de Leibniz.

¿Quién en esas épocas estúpidas, dominadas por la demagogia política, no ha rendido culto a los diálogos socráticos?

¿Quién en esos tiempos chatos, en los que medran tantos filisteismos, no ha sentido en su garganta las náuseas que tantas veces indispusieran, y llevaron a la locura, al gran Nietzsche?

Al ver el sesgo que han tomado esos grandes movimientos socialistas, con esas muchedumbres de esclavos, con sus cínicos jerarcas exigiendo la despersonalización íntegra de todos los ciudadanos para mayor gloria de sus teorías, ¿quién no ha sentido crecer su furor al unísono del de Stirner?

Yo que tanto aprecio tuve siempre a lo inútil, aparentemente inútil, que nada me conmueve como esas hazañas tragicómicas de nuestro Quijote; que siempre sentí profunda admiración por los adalides de las causas perdidas, pues creo que sin ellos no habríamos jamás ganado una de signo positivo; al ver cómo el Estado va sistematizando el despilfarro de riquezas, y no me refiero solamente a máquinas, utensilios y vituallas sino a esas otras riquezas imponderables como son las iniciativas osadas, las ideas de apariencia utópica y esas vidas más o menos jóvenes, inmoladas en aras de causas estúpidas; al ver eso me he sentido devoto fervoroso del utilitario Stuart Mill.

Que un concepto rígido del deber junto a los prejuicios morales de una época, la coacción social y la timidez individual, la excesiva pasión por una mujer y la ausencia de pasión por la mujer hagan de un hombre un estricto monógano, ¿cómo vamos a negar, a pesar de esto, el fondo realista que encierran las teorías del pluralismo amoroso de Ryner? Y conste que para cerciorarse de esa verdad no se precisan estudios especiales de psicología sexual, no. Basta escrutar un poco en la vida privada de los más tercos enemigos de Ryner para convencerse de su falaz monogamia.

En fin, como decía Hobbes, ante la ferocidad, la agresividad ajena, más de una vez me he sentido bestía; aunque a la par de Guyau jamás haya podido justificarme moralmente la bestialidad, ni siquiera defensiva, como medio para alcanzar un noble fin.

Y basta de ejemplos; con ellos creo haber demostrado la realidad ecléctica de la forma más eficiente, es decir, combatiendo todo lo sistemático. Claro que se me podrá argüir que también el eclecticismo, como todo ismo, es un sistema en sí. No lo discuto. Pero un sistema que no prescribe ni coacciona, que tiene en cuenta la idiosincracia de cada individuo, un sistema así de vertebrado y divisible, cual lo definiera Rabelais, me parece el único aceptable para mí, para tí y para todos aquellos que ven en el hombre un semejante, un ser respetable en sí.

TAMBIEN LAS IDEAS SON REALES

No seré yo quien declare la guerra al pragmatismo dinámico. A ese pragmatismo que sabe extraer todo el jugo de las verdades reales, concretas, emergiendo de la práctica cotidiana. Y mucho menos escudándome tras un idealismo postrado como el de esos yoguis que se pasan la vida mortificándose, o como el de esos otros sacerdotes condenados a gargarizar abstracciones, recetando panaceas futuristas y desdeñando la prueba concreta e inmediata; esa prueba a ultranza que con tanto brío reclamara Bacón de Verulam para sacar la ciencia de la charca escolástica.

Pero a lo que sí me opondré es a ese practicismo de onda corta, que rinde culto al hecho crudo, que considera esos hechos inmutables, se burla de toda interpretación subjetiva que intenta definir sus causas y se le antojan disparates los esfuerzos volitivos susceptibles de cambiar la trayectoria efectiva de un hecho determinado.

Ya decía, a mi juicio con sumo acierto, Ortega y Gasset, que «no se descubren más verdades que las que de antemano se buscan». En efecto, muchas manzanas habían caído antes que cayera aquella tan celebrada de Newton, sin que ninguna de aquellas otras caídas nos diera la llave de las graves realidades, tan atractivas, descubiertas por el sabio.

Hay un cúmulo de realidades determinadas por el hombre que jamás habríanse realizado sin haberlas éste ideado a priori. Y si es cierto que otras realidades existen pese a la voluntad humana, no es menos cierto que muchos aspectos nocivos de las mismas no pudieron ser superados en tanto el hombre no supo definirlas primero y adaptarlas más tarde a otras finalidades de signo positivo.

Hay una enorme cantidad de hechos absurdos, insólitos. funestos, que nos circundan e impiden la realización del ser humano, hechos que el hombre no logra definir ni dominar, y obstaculizan la idealización de la vida. Porque dígase lo que se diga, ese deseo y poder idealizante es el hecho de más trascendencia del reino vital. Y conste que no hay necesidad de elevarse a regiones teológicas para celebrar y en parte comprender ese hecho trascendental.

Hoy nadie se atrevería a definir la elaboración de las ideas prescindiendo de vísceras, glándulas secretivas y red nerviosa, sin la intervención de elementos como la sangre, las materias ingeridas y el aire que respiramos; es más, ¿quién se atrevería a negar la influencia que ejercen sobre el desarrollo ideológico de un individuo determinado los órganos sexuales, los ojos y hasta las mismas manos? Todo esto tan concreto, junto con otros fenómenos menos conocidos pese al psicoanálisis, es lo que contribuye a la elaboración de nuestras ideas. Sin embargo puede darse por buena aquella perogrullada que reza: lo que más influye en nuestras ideas son las ajenas. Pero para completar el cuadro debiera añadirse la influencia que sobre ellas ejercen los sentimientos íntimos de cada uno.

En efecto, son nuestros sentimientos los que dan temple a nuestras ideas. Tanto es así que yo desconfío de esas sedicentes conciencias anarquistas que tienen a menos el sentimiento y temperamento anárquico. Sin negarlas, no creo que ninguna de esas conciencias rebasen el marco teórico. Por otra parte, las ideas que para conservar su pureza rehuyen sistemáticamente el contraste que significa el contacto con otras, se me antojan por lo menos ineficaces. Lo que no quiere decir que la sociabilidad en sí sea una especie de panacea capaz de reconciliar los ideales más dispares, pero sí que es la prueba ineludible que nos permite valorar el temple de no importa qué idealista.

En fin, las ideas tienen causas naturales y siguen un proceso concreto como todo lo vital, y aunque esas causas no hayan sido del todo definidas, ni ese proceso completamente concretado, no es menos cierto que hay ideas tan sensibles como puede serlo el contacto eléctrico o el dolor que experimentamos al tocar una barra de hierro candente con la palma de la mano. ¿No hay quien sufre enfermedades imaginarias? ¿Y no bastan a veces las simples imágenes para experimentar goces que nada tienen de inefables?

«Es menester que los hombres tengan ideas, suele decirse.

Yo (Unamuno) sin negar esto, diría más bien, es menester que las ideas tengan hombres.»

He ahí, en esa paradoja nada forzada, el más real y verídico de todos los dramas. Es el drama del ser que quiere ser lo que no es aún. El drama de todo hombre consciente y de buena voluntad. De este drama nacen todos los demás. Y no sólo frente a la muerte como pretendía reducirlo Unamuno. Aceptando nuestro fatídico ciclo vital, bastan y sobran, dentro de esos límites, frustrados anhelos, súbitas derrotas, álgidos deseos y angustias pertinaces como para justificar los mil y un dramas de la vida.

En efecto, no basta haber leído, pongamos por caso, la vida edificante de Epicteto para que ipso facto veamos colmadas nuestras ansias de perfección estoica. Es menester además... pero no; estos fenómenos son de raigambre individual, quiero decir que no admiten generalizaciones apresuradas. Porque ¿qué ganaríamos con decir que se precisan muchas dosis de voluntad? Además, esta voluntad, ¿puede definirse como algo más preciso que como una especie de flúido originado por el reactivo consciente-moral? ¿Y puede imaginarse algo más individual que este reactivo, y algo más relativo que este flúido?

Ahora bien, si es verdad que siempre existió una diferencia notable, casi siempre dramática, entre lo considerado real y lo imaginado ideal, esa diferencia no presupone un trecho irreductible. Es más, yo creo que el drama infecundo por excelencia, es el de esas vidas indiferentes, indiferenciadas; existencias monótonas y abúlicas que precisan de falaces excitantes para ser soportadas, y que más tarde les son necesarios analgésicos no menos falaces para ser sobrellevados.

No, el realismo no excluye al idealismo; como Zola no excluye a Cervantes. Lo que pasa, en este caso de pura forma literaria, es que en el primero de los dos escritores el ideal va implícito en las acciones desarrolladas por sus personajes, mientras en el segundo este ideal es explícito, explica aún aquellos actos más absurdos del célebre hidalgo.

¿Objetivismo? ¿Subjetivismo? Puros vocablos. Nuestra vista, por ejemplo, no es un objeto, es una parte del organismo humano, esto es, del sujeto. Y el sujeto indivisible aunque multiforme, jamás se contentará con sólo ver, siempre tenderá a imaginar, a sujetar, a subjetivizar lo visto.

Un conjunto de ideas más o menos coherente, más o menos distante de lo que se considera real, en fin, un ideal ¿quién no lo tiene? El que esté libre de tal mácula que arroje el primer peñasco, y entonces veremos si esos realistas, que además se jactan de prácticos, no tienen que golpearse sus propias sienes antes de arrojarlo hacia determinado blanco.

Lo que ocurre es que hay infinidad de ideales; los hay prosaicos, sublimes, banales, a la medida de todos los caletres, y así nos ahorramos la infinita sarta de vocablos para calificarlos.

Ideal corriente es soñar en poseer un puerco motor de explosion y luego embriagarse a base de puras velocidades.

Ideal moliente es embobarse en los amores de una reina. Como si sólo esos amores fuesen reales; como si no fueran precisamente esos amores, con su fastuoso exhibicionismo, los más ficticios que un ser pueda imaginarse.

No importa, ideales y seres humanos son inseparables. De los albores de nuestra historia a nuestros días, esa porfía tenaz entre lo que somos y deseamos ser no ha cesado un instante; tales son las conclusiones que nos brinda la historia del arte cuyas primeras huellas hallamos ya en las grutas prehistóricas.

En fin, sin lo que queremos y creemos, ¿a qué quedaría reducida nuestra supina existencia?

J. CAPDEVILA

Que la política del «mal menor», practicada durante tantos años por la social-democracia y por las grandes uniones sindicales con un desconocimiente incurable de la situación real, ha favorecido el rápido advenimiento del fascismo en Alemania, no puede ser puesto en duda por nadie que tenga algo de perspicacia. Pero todavía fué más peligrosa la política absurda de los comunistas. Su conducta autoritaria, liberticida, llevada al extremo, y su juego peligroso con la llamada dictadura del proletariado, crearon al movimiento de Hitler un clima espiritual propicio.

Rudolf ROCKER.

José Zorrilla

(1817-1893)

A LA ESTATUA DE CERVANTES

Esa es su sombra... el alma avergonzada,
Para más no volver, huyóse al cielo:
Solitaria, sombría, abandonada,
Esa fantasma se encontró en el suelo.

I

Si es pedestal o túmulo, se ignora;
Mas sin duda temieron que indignado
De la piedra en que está salte a deshora,
Según se ve de hierros circundado.
No bajará, que es noble y caballero,
Y lidió por su patria el buen poeta;
Acaso no encontrara un compañero
Al pie del pedestal que le sujeta.
Tal vez no hallara un digno castellano
Libre y valiente a quien llamar amigo,
A quien tender la cercenada mano,
A quien llevar en pos al enemigo.
Por eso elevá la tostada frente
Al firmamento azul noble y tranquila,
Y no mira por eso transparente
Apagada a la luz la ancha pupila.
Cervantes le llamaron otros días,
Yerta figura con ajeno nombre,
Como su original arrastra impías
Horas de duelo en la mansión del hombre.
Ayer cruzaba libre e ignorado
La turba ociosa y soldadesca inquieta,
Dentro de su armadura de soldado,
O envuelto en sus harapos de poeta.
Hay en la innoble y colosal figura
Derramada la lluvia se destrenza
Y está sombrío en pie sobre la altura,
Como sacan un reo a la vergüenza.
El pueblo ve a sus pies, negro milano
Que a la boca asomó de un hormiguero,
Y quiere el ojo comprender en vano
Cómo allí se cobija un pueblo entero.
Y siente la carroza del magnate
Rodar, y se estremece a su carrera,
Y soldados que marchan al combate
Que equipados de farsa los creyera.
Y abajo, entre los árboles perdidos,
Como sueños pasar contempla inquietas,
Las sombras de políticos caídos,
Las parodias de sabios y poetas.
Y una lágrima acaso en su mejilla
Alumbra el sol bajando al Occidente,
Al contemplar su revocada villa
Sin porvenir, alegre o indolente.
Hubo un Cervantes cuando aquel vivía
Cuando en vez de esos hierros era un hombre
Llamáronle poeta, y poesía
Una espada y un libro con su nombre.
Su espíritu brotó con la tormenta,
Y le escondió en su seno el torbellino;
El sepulcro su mano abrió violenta,
Y hoy resuena su cántico divino.
¿Por qué no le dejaron con su sueño
En el sepulcro donde en paz dormía?
¿A qué traerle con tenaz empeño
A sufrir otra vez la luz del día?
¿A qué su sombra de la tumba alzaron
Estúpidos los hombres o altaneros?
Para ahuyentar los siglos que pasaron,
Y escarnecer los siglos venideros.

* * *

Hombre de hierro que velas
El sueño del mundo impío,
Que ves con gesto sombrío
Crímenes que no revelas:
Cuya negra frente calva
Sufre en paz el sol que arde,
La roja luz de la tarde,
La amarilla luz del alba:
¿Qué piensas del mundo, di?
Tú que le dejaste ya,
Cuya voz no se alzará,
Cuya sombra quedó aquí.
¿Qué piensas de ese magnate
Que ha perdido el sol de un día
Embriagado en su orgía
Mientras su nación combate?
¿Qué piensas tú de esos reyes
Que arrastra un frenado bruto
Entre vírgenes de luto
Huérfanas hoy por sus leyes?
¿Qué piensas genio inmortal,
De ese pueblo soberano
Que abre paso a su tirano
Sin levantar un puñal?
Dime, coloso de hierro
A quién condena la suerte
A sufrir desde la muerte
En tu patria tu destierro,
¿No es cierto que allá en su afán
Espera tu desconsuelo
Que te arrastre por el suelo
Un revoltoso huracán?

II

Tu nombre tiene el pedestal escrito,
¡En extranjero idioma por fortuna!
Tal vez será tu nombre un sambenito,
Que vierta infamia en tu española cuna.
¡Hora te trajo a luz desventurada!
¿Español eres?... Lo tendrás a mengua,
Cuando a tu espalda yace arrinconada
Tu cifra en signos de tu propia lengua.
¡Serás acaso un busto aparecido
Entre las ruinas de la antigua Roma,
Recuerdo que los tiempos han roído
Que algún rico libró de la carcoma!
Maldita es tu misión sobre la tierra;
Los que mueren sus males acabaron,
Todos sus restos el sepulcro encierra...
Los tuyos del sepulcro se robaron.
Hélo allí que se levanta
Como fantasma furioso
Que magulla con su planta
Los que a su morada santa
Van a turbar su reposo.
Porque su nombre y su gloria
Tan sólo al tiempo vendió,
Para dejar su memoria
Grabada en oro en la historia,
Que escrita en el fango, no.
Que por eso en su amargura
Abortó un libro coloso,
Que a su renombre asegura
En las edades reposo.
Cuando los siglos le lean
Hará que los siglos vean
En su cubierta roída,
En caracteres gigantes
Dos genios con una vida,
Un Quijote y un Cervantes.
Y si entre la espesa bruma
De esta edad que bulle inquieta,
De hediondo mar alba espuma;
El genio de otro poeta
Despliega su blanca pluma;
Si algún bardo colosal
Levanta entre la tormenta
Su cántico celestial,
De una centuria sangrienta
Salmodiando el funeral;
Cuando el tiempo, hombre sombrío,
El orbe rompa a pedazos,
Que sostenido en sus brazos
Huya su cuchillo impío;
Y en el día de furor,
Cuando el eco atronador
De la funeral trompeta
Se junte el mundo en un valle,
Mándale al mundo que calle
Y dile que eras POETA.

De la colección y archivo cervantista de A. Carsí.

Société Générale d'Impression, 61, rue des Amidonniers.—Le Gérant : Etienne GUILLEMAU. Toulouse (Hte-Gne.)

POETAS DE AYER Y DE HOY

Recuerda a Federico

El sátrapa tuvo miedo
del gitano García Lorca:
Brujo del Verso, y espejo
de la Conciencia española.
Era de plomo la noche
y el crimen fué entre las sombras,
mas, su corazón brilló,
igual que una estrella roja.
Pero su voz ¡ay! resuena...
Nadie la apaga ni ahoga:
voz profética que viene
como un grito de la Historia,
a decirle al que una noche
la matara entre las sombras:
«¡Arrodíllate, verdugo,
pide perdón a mi gloria,
porque el futuro ya tiene
para ti, pronta la horca!
¡Y han de maldecir tu nombre,
y escarnecer tu memoria,
los poetas del futuro
en lapidarias estrofas!
¡Histrión del Crimen! ¡Bastardo!
¡Tu sangre no es española!»

OVIDIO FERNANDEZ RIOS.

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

Floresta de leyendas heroicas españolas. (Compiladas por Ramón Menéndez Pidal.) Rodrigo, el último godo. Tomo I.

ZORRILLA.—Poesías. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MELENDEZ VALDES.—Poesías. Prólogo y notas de Pedro Salinas.

GARCIA GUTIERREZ. — Venganza catalana y Juan Lorenzo. Prólogo y notas de José R. Lomba.

JUAN PABLO FORNER.—Exequias de la lengua castellana. Prólogo y notas de Pedro Sainz Rodríguez.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo III. Prólogo y notas de Agustín Millares.

LOPE DE VEGA.—Poesías líricas. Tomo I. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

Floresta de leyendas heroicas españolas. Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo I. Prólogo y notas de Jesús Rodríguez Bordona.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo I. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

LOPE DE VEGA.—«Poesías líricas». Tomo II. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

SAAVEDRA FAJARDO.—«Idea de un príncipe político cristiano». Tomo I. Prólogo y notas de Vicente García de Diego.

LARA.— Artículos políticos y sociales». Tomo III. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

QUINTANA. —«Poesías». Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo II. Prólogo y notas de J. Domínguez Bordona.

JUAN VALERA. —«Pepita Giménez». Prólogo ynota s de Manuel Azaña.

SAAVEDRA FAJARDO.—«Idea de un príncipe cristiano». Tomo II.JáozD un príncipe político cristiano». Tomo II. Prólogo y notas de García de Diego.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MATEO ALEMAN. —Guzmán de Alfarache». Tomo II. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

«Floresta de leyendas heroicas españolas». Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

FEIJOO.—Cartas eruditas». Prólogo y notas de Agustín Millares.

JUAN DE VALDES.— Diálogo de la lengua». Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo III. Prólogo y notas de Jesus Domínguez Bordona.

ALONSO VALDES.—«Diálogo de las cosas ocurridas en Roma». Prólogo y notas de José F. Montesinos.

MATEO ALEMAN.—»Guzmán de Alfarache». Tomo III. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo IV. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

BRETON DE LOS HERREROS.—Teatro. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MATEO ALEMAN.—»Guzmán de Alfarache». Tomo IV. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

Colección de «Clásicos castellanos»
(antiguos clásicos «La Lectura»)
a 375 francos el volumen

CASTILLO SOLORZANO.--«La Garduña de Sevilla y anzuelo de las bolsas». Prólogo y notas de Federico Ruiz Morcuendo.

ESPINEL.—«Vida de Marcos de Obregón». Tomo I. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

BERCEO.—«Milagros de Nuestra Señora». Prólogo y notas de Antonio G. Solalindo.

LARRA.—«Artículos de costumbres». Tomo I. Prólogo y notas de José R. Lomba.

SAAVEDRA FAJARDO.—«República literaria». Prólogo y notas de Vicente García Diego.

ESPRONCEDA.— Poesías» y «El estudiante de Salamanca». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

FEIJOO.—«Teatro crítico universal». Tomo I. Prólogo y notas de A. Millares.

FERNANDO DEL PULGAR.—«Claros varones de Castilla». Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ESPRONCEDA. —El Diablo Mundo». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

ESPINEL. —Vida de Marcos Obregón». Tomo II y último. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

LARRA. —«Artículos de crítica literaria y artística». Tomo II. Prólogo y notas de José Lomba.

FEIJOO. —«Teatro crítico universal». Tomo II. Prólogo y notas de Agustín Millares.

MONCADA. —Exposición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos». Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

SAN JUAN DE LA CRUZ.—«El cántico espiritual». Prólogo y notas de Matías Martínez de Burgos.

QUEVEDO.— Obras satíricas y festivas». Prólogo y notas de J. María Salaverría

SALAS BARBADILLO.—«La peregrinación sabia» y «El sagaz Estacio, marido examinado». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

MORATIN.—Teatro («La comedia llamada Eufemia»). Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

JUAN DE LA CUEVA.—«El infamador», «Los siete infantes de Tara» y «El ejemplar poético». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

FERNANDEZ PEREZ DE GUZMAN.—«Generaciones y semblanzas». Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

LIBROS DE ORIENTACION IDEOLOGICA

«El Proletariado Militante», de Anselmo Lorenzo. Dos tomos, 180 frs.

«El Apoyo Mutuo», de Kropotkine, 200 frs.

«Etica», de Kropotkine, 100 frs.

«El Pueblo», de Anselmo Lorenzo, 175 francos.

Giros y pedidos a Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe. París (X). C.C.P. París 3308-09.

El libro que deben leer todos los estudiosos